

LOS SUPERVIVIENTES

MARCUS
SIDEREO



BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

LOS SUPERVIVIENTES

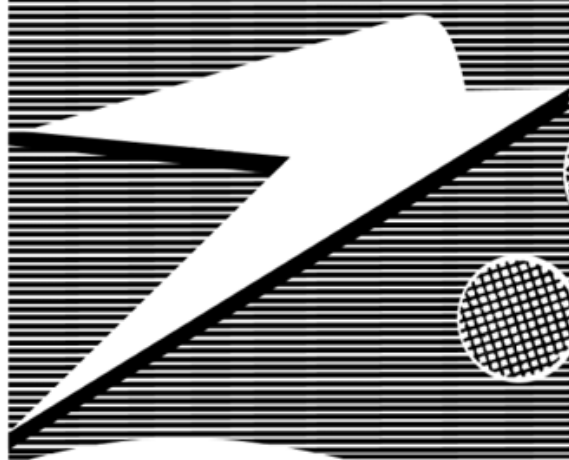
MARCUS
SIDEREO



BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

LOS SUPERVIVIENTES

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
54**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 24.645 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1971

© **MARCUS SIDEREO - 1971**

sobre la parte literaria

© **JORGE NUÑEZ - 1971**

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

- 49. — La cosa que vino de Venus - *Keith Luger*.
- 50. — La espada y los brujos - *Curtis Garland*.
- 51. — Rescate en Marte - *Glenn Parrish*.
- 52. — Año 2000: fin del mundo - *Keith Luger*.
- 53. — ¡Devorados! - *Ralph Barby*.

CAPITULO PRIMERO

Rudy se removió en su confortable asiento y se pasó la mano por el rostro.

Al notar la abultada barba echó la mirada hacia arriba y posó sus ojos en el espejito. »

El cristal le devolvió una faz de hombre cansado y envejecido.

Arqueó las cejas y abrió y cerró los párpados.

—Ese no soy yo —murmuró pensando en voz alta.

Luego dejó recorrer los ojos por la cabina.

Era un recinto rectangular, donde cada pulgada de terreno estaba aprovechada para algo útil.

Pantallas de televisión, radio manual, radio automático, micros, pulsadores, memorizadores de vuelo, controles, pequeñas computadoras de datos.

Era la cabina perfecta.

—Aquí todo está previsto... Todo. Excepto lo que me ha sucedido a mí —murmuró como si estuviese cansado, no sólo físicamente, sino asqueado de tanta perfección.

—¡Los grandes sabios! —exclamó pulsando un botón que dio el encendido a una pantalla—. ¡Desprecian al factor humano! Pero digan lo que digan el hombre sigue siendo un valor absoluto por encima de la máquina.

Cerró la pantalla. No había aparecido nada en ella, únicamente se iluminó.

—¿Por qué diablos no pudieron prever que un hombre puede dormir más tiempo del que está programado? ¡No! No se puede controlar el sueño... ¿Lo oyen ustedes, malditos profesores?

Hablaba a través de un micro que cerró inmediatamente.

—¡Bah! Tampoco podéis oírme... Nunca escucháis a nadie, y no porque la radio no funcione... ¡Siempre fallamos por lo más simple! ¡Bah! Pero tampoco escucháis a los que quieren meter baza... ¡Sabios

del demonio! Os creéis dioses. ¿Y los pilotos qué? Igual que esos robots que habéis inventado, que ya se utilizan para trabajos domésticos...

Rudy dejó de hablar y observó la grabadora. Estaba funcionando. Maquinalmente iba a cerrarla pero se abstuvo de hacerlo.

—¿Para qué? No hago más que expresar mis pensamientos en voz alta... Aunque no lo hiciera sería lo mismo... Ellos ya saben cómo pienso.

Buscó con la mirada otro de los aparatitos de la cabina. Llevaba la indicación «Z-II».

—Otro invento que rebaja al hombre hasta la mínima condición... ¡Sí, sabihondos! Empecé a odiaros desde el día que inventasteis el «Z-III», para poder descubrir los pensamientos del ser humano, privándole hasta de su sagrada intimidad... Pero ya sabéis cómo pienso y si los «peces gordos» no se han decidido a retirarme la licencia de piloto por algo será... Todavía hay quien valora al hombre.

Miró distraídamente por el abombado cristal de la carlinga.

El panorama seguía siendo monótono. Siempre de un azul oscuro, casi negro, ni un punto luminoso más o menos cercano.

—¡Me dormí, qué pasa! —exclamó desafiante ante la grabadora—. Y ahora no sé dónde estoy. Pero todo está previsto. El cerebro rige el vuelo ¿No? Pues que siga... Tengo provisiones para unos cuantos días.

Miró el calendario automático y conectó la pantalla de vuelo.

—Salida día 13 de marzo de la base... Veamos.

La pantalla señalaba: 11.4.

—Casi un mes y total para nada. Ahora el coronel me echará los perros: «Conque se durmió usted, ¿eh?».

»Y yo responderé:

»—Sí, señor y esto enseñará a los sabihondos del laboratorio de que no soy ningún robot, sino un ser humano del planeta Tierra.

Sonrió largamente hasta convertir su risa en carcajada. Luego se puso súbitamente serio.

—No me gusta esta soledad. Pediré un mes de permiso y lo pasaré

con Tana... Bueno, nos casaremos e iremos a vivir en una isla desierta. Supongo que debe quedar alguna... No pueden negarme un mes. No pueden.

Al pensar en la mujer conectó una de las pantallas.

—Vamos, vamos, cerebro. Pedí que metieran algunas poses de Tana y ahora me apetece verlas. ¿No te has enterado?

Manipuló los mandos y en la pantalla apareció un bello rostro femenino, de cabello trigueño y sonrisa fresca.

—Sí, señor... Esto reconforta.

Manipuló de nuevo y el rostro se alejó ligeramente para quedar en la pantalla la silueta completa de la mujer.

Vestía un sucinto biquini que remarcaba las bonitas formas nada exageradas.

Lanzó un silbido.

—Sí, señor... Me caso con ella. Está decidido.

Siguió pasando otras poses.

En una de ellas, la muchacha estaba riendo a carcajadas. Era muy bella. Mucho, y Rudy creyó oír el eco de aquella risa franca, juvenil.

De pronto un aparato emitió un zumbido continuo, llamando la atención al piloto.

—Vaya... La señal —murmuró.

Otro aparato comenzó un «tic-tic» intermitente.

—Eso quiere decir que nos aproximamos a alguna parte.

Miró a través del cristal especial de la carlinga.

—Debemos estar muy lejos aún, porque yo... no veo nada.

Manipuló un mando para que la pantalla transmitiera la imagen del punto al que todo indicaba que la nave unipersonal se estaba acercando.

—Nada... ¡Puaf! Parece que esté rodeado de trastos inútiles... Esto es una cafetera volante.

Echó un vistazo al combustible.

—Suficiente para tomar tierra, pero no para despegar... Bueno, si nadie da instrucciones seguiré el vuelo.

Buscó otro botón.

—Instrucciones en conserva «made in cerebro». Veamos qué dices, papi.

La pantalla relativa a la respuesta aparecía iluminada en blanco. No había instrucciones.

—Veamos la velocidad —pensó Rudy otra vez en voz alta.

Lanzó un silbido.

—Demasiado para poder echar un vistazo con calma.

Accionó los mandos que permitían a la nave descender en picado.

—Debo de estar encima de esa cosa.

El intermitente zumbido no había cesado, ni tampoco el «tic-tic».

De nuevo al mirar por el cristal le pareció ver una masa oscura humeante.

—¿Qué diablos es esto?

El indicador de distancia oscilaba constantemente marcando la proximidad con el planeta.

—Me estoy acercando.

De pronto sonó otro zumbido.

—Eh, eh... Alguien hubiera tenido que avisarme....

El zumbido indicaba que estaba próximo a entrar en la órbita del planeta y por tanto tenía que cambiar el sistema de marcha.

—Los colores —dijo—. Primero azul, después amarillo y por fin el verde.

Esperó.

El color verde apareció en la luz oscilante y la nave se convulsionó ligeramente.

—La fuerza de gravedad... ¿Dónde diablos me he metido?

En la pantalla apareció la observación que se sabía de memoria.

«Si no puede controlar la nave ponga el dispositivo automático y relájese.»

—¡Al diablo! ¡Siempre he sido yo el que ha gobernado mi nave!

Accionó una palanca de mano y dejó que la nave avanzara horizontalmente.

Sin embargo, algo falló y continuó el descenso.

—Esto no me gusta. Algo raro está sucediendo.

Una luz roja se encendió y se apagó repetidamente.

—Radiactividad... Lo que faltaba.

Colocó la palanca automática y se levantó del asiento para ir en busca del traje especial para aquellos casos.

Sólo tenía que abrir un armario por lo que bastaba pulsar un botón.

El traje salía abierto, como hinchado. Puesto en pie, las livianas y transparentes ropas se metían en su cuerpo y sólo había que cerar el mono con la cremallera vegetal. Quedaba prácticamente soldado.

Regresó a su asiento e intentó hacerse con los mandos manuales del aparato.

—No entran... ¡Maldita sea! ¡Eso también debe ser cosa de los sabihondos! Estuvieron manipulando algo... Tendré que hablar con el viejo. —Y dirigiendo sus comentarios a la grabadora añadió—: Quedamos en que el aparato sólo sería revisado por Mäller.

Fue inútil intentar el control. La nave parecía autodirigida hacia un punto oscuro cada vez más próximo.

—Ni indicación, ni nada, y la radio sigue sin funcionar.

Intentó de nuevo la puesta en contacto, pero el aparato de radio ni emitía señales, ni daba indicación de estar en funcionamiento.

—La próxima vez me llevaré una de las antiguas que ideó Mäller... Aquéllas nunca se estropeaban...

Miró hacia adelante. Estaba materialmente encima del planeta porque el espacio había desaparecido y en cambio podía ver cráteres humeantes y hasta le pareció observar el ceniciento color de una corriente de agua.

Sin embargo, todo estaba oscuro por completo, como si fuese de noche, igual que en el Espacio.

Tomó el micro y grabó:

—Me acerco a un lugar desconocido. Dentro de pocos minutos habré tomado tierra. Saldré con las armas y el traje salvavidas, junto con el de protección para radiactividad. —Miró la bombilla roja y observó que se había apagado—. Rectifico. Donde me dirijo no hay radiactividad. Usaré el traje salvavidas y la escafandra, con las armas, naturalmente. Ignoro dónde estoy. No tengo combustible para despegar normalmente, pero sí para sobrevolar la zona... Tendré que arreglar la radio para intentar la conexión con la base. Si acaso no lo consigo, me largaré de aquí por el sistema antiguo. Es más lento y requerirá mi localización para cuando regrese a Tierra. En estos momentos me hallo...

Miró el indicador de kilómetros y exclamó:

—Lo siento, otro fallo, el kilometraje se ha estropeado. Aquí marca cero. También intentaré arreglarlo... si es que puedo. No sé lo que voy a encontrar ahí abajo.

Dejó el micro y cerró la grabadora.

Estaba ya prácticamente sobre un descampado.

Graduó el cristal que inmediatamente se convirtió en teleobjetivo.

Entonces sus ojos mostraron asombro.

—No es un descampado —susurró—. ¡Cielos! Pero si esto es... No. No puede ser. Debo de estar soñando...

CAPITULO II

La pequeña nave estaba sobre el extraño descampado, y descansaba sobre el trípode automático, que se abrió momentos antes de su toma de contacto con la superficie.

Con el traje salvavidas, la escafandra y un fusil de rayos laser descendió por la escalerilla.

Al mirar en derredor, Rudy ponía los mismos ojos de asombro que momentos antes.

—No me había equivocado —susurró:

La superficie que pisaba estaba compuesta de cascotes de cemento armado y viejos ladrillos.

Pedazos de hierro, de aluminio, de tubería.

Todo aquello parecían residuos de infinitad de casas destruidas. Pero no podía ser ni una ni dos, ni una docena de casas, aunque se tratara de rascacielos. Aquello era algo más.

—Una ciudad entera —dijo.

Mirara por donde mirase tenía la impresión de hallarse en el desierto, pero en vez de arena, sus botas especiales pisaban escombros, un vasto campo de escombros. Kilómetros y kilómetros que a veces formaban pequeños montículos igual que las montañas de los desiertos.

Caminó sobre aquella desolada superficie, y se inclinó para recoger un pedazo de ladrillo.

—Idéntico al de nuestro planeta... ¿Qué diablos es esto y qué ha pasado aquí?

A pesar de la oscuridad podía verse como si un satélite invisible mandara sobre aquella extraña superficie un poco de mortecina luz.

Caminó medio kilómetro sin que el paisaje variara en absoluto.

Se revolvió al creer que entre las piedras se movía algo.

Apuntó con el fusil y aguardó.

No tardó en ver aparecer algo que había pugnado por salir de entre los escombros.

¡Una rata!

Una rata enorme.

Y más allá aquel pavimento movedizo se estaba removiendo otra vez.

¡Otra rata!

Rudy se volvió para ver aparecer un tercer roedor. Todos tenían

el tamaño de un conejo normal.

—¡Malditos bichos...! —exclamó.

En pocos instantes el número de roedores aumentó hasta seis.

Se aproximaban a él emitiendo continuos chillidos.

—Hambrientas... Están hambrientas.

Disparó contra la primera. El rayo la fulminó, pero las otras, lejos de asustarse, avanzaron. Avanzaron todas menos una que prefirió dirigirse hacia la rata muerta. A pesar de haber quedado totalmente chamuscada, por lo visto no dejaba de ser un plato succulento para la otra.

Los dientes del roedor buscaron la carne aprovechable y Rudy sintió asco.

Furioso, disparó contra las otras cinco que igual que la primera quedaron fulminadas.

Siguió andando, pero apenas había recorrido media docena de pasos la tierra pareció removerse por completo.

—¿Pero..., qué es esto? —exclamó.

Y no tardaron en aparecer más ratas, de tamaños similares... Surgían de todas partes como atraídas por el olor a comida.

—¡Malditos seres inmundos! —exclamó el piloto de la nave.

Los chillidos de aquel ejército de roedores habían roto el silencio de muerte de aquel lugar.

Rudy se alejó. Las ratas iban tras el festín, que para ellas debía representar la carne chamuscada de sus compañeras.

Se originó una auténtica batalla entre las pequeñas fieras rabiosas.

Las que no conseguían llevarse a la boca los despojos de las muertas, luchaban entre sí, procuraban clavar sus afilados dientes en la yugular de sus antagonistas.

La suya era una lucha a muerte, una lucha para la supervivencia.

El piloto se apartó con manifiesta repugnancia.

—¿Dónde diablos he ido a parar? —murmuró mientras intentaba

subir hacia la colina más alta.

Poco después oteaba el horizonte sin encontrar nada que variara la fisonomía del paisaje.

* * *

Había puesto la nave en marcha para sobrevolar a escasa altura la superficie del planeta.

A través del visor descubrió algo parecido al mar, cuyas arenas estaban formadas también por escombros.

El agua tenía un color grisáceo, extraño. Voló a lo largo de la orilla, hasta llegar a lo que parecía la desembocadura de un río. A lo lejos le pareció ver montañas más elevadas.

—¿Serán auténticas? —pensó en voz alta. El aparato le llevó hasta aquellas cimas que había visto poco antes y creyó adivinar que, en efecto, se hallaba ante una montaña de verdad formada por los accidentes naturales más o menos parecidos en todos los planetas.

No había vegetación, lo cual no era nuevo para Rudy, acostumbrado a visitar otros mundos. Sin embargo, la presencia de agua de mar y de ríos, hacía presumible que el planeta pudiera tener vegetación.

Mantuvo la nave suspendida en el espacio, mientras con los ojos recorría lo que parecía ser un valle habitado.

Puso el cristal teleobjetivo y advirtió, en efecto, la presencia de algunas chozas.

—¿Qué clase de gente vivirá aquí? —se preguntó.

Cómo sólo tenía una forma de averiguarlo, no lo dudó siquiera y se dispuso a tomar tierra.

El único espacio que precisaba la nave para tomar contacto con cualquier superficie, era el equivalente a su trípode. El piloto únicamente tenía que cuidar de asegurarse de que cada una de las patas del trípode pisara un lugar firme, esto es, que no se hundiera, poniendo luego en peligro el despegue.

Rudy eligió un lugar relativamente llano y poco después descendía nuevamente por la escalera.

Observó que una de aquellas chozas estaba situada a unos cien metros de donde se encontraba y avanzó decidido.

Instantes después se hallaba en la entrada.

Tenía una puerta normal, pero sin madera alguna que la cerrara.

En su lugar había un extraño cortinaje de pieles de animal.

Miró la construcción.

¡Cascoes!

La cabaña estaba construida con cascoes, pedazos de hormigón, ladrillo, piedra, aluminio deformado.

Retiró la cortina y se asomó. Todo estaba oscuro y buscó en uno de sus bolsillos para sacar la linterna electrónica.

El diminuto utensilio lanzó un poderoso rayo de luz hacia el interior de la choza.

Se le antojó una cueva prehistórica. Le pareció casi imposible que cuando el hombre de su planeta había alcanzado cimas tan elevadas de perfección, existieran lugares en el Cosmos donde la vida tuviese apariencia de primitivismo, pero cuando con sus guantes especiales se apoyó en una de aquellas paredes y sus ojos se posaron nuevamente en los cascoes, pensó en algo más.

—Aquí existió una civilización... Aquellas ruinas lo demuestran.

Iba mirando por todos lados.

No había ninguna mesa, ni sillas sólo pieles colgadas y cacharros que parecían hechos de arcilla. En un rincón unas piedras y carbón o troncos chamuscados, lo cual parecía indicar que allí se cocinaba. En el otro rincón, una especie de lecho hecho igualmente con pieles a ras de suelo.

Algo distrajo su atención. Pisadas.

Aguzó el oído, se echó el fusil hacia adelante y salió tomando toda clase de precauciones.

Alguien corría por la superficie valle abajo.

Contó unas tres personas y mostró su sorpresa al comprobar que aquellos seres tenían apariencia totalmente humana.

Sí. Piernas, brazos, cabeza, cuerpo.

Huían de algo que el piloto trató de averiguar lo que era.

No vio que nadie les persiguiese, peso sí se fijó que aquella gente iban casi desnudos. Únicamente unas pieles cortas les cubrían el vientre hasta el muslo.

No llevaban ningún tipo de escafandra y Rudy se preguntó:

«¿Qué clase de atmósfera debe de existir aquí?»

Quiso averiguarlo por sí mismo y se quitó la escafandra.

Probó de respirar.

Sí. Existía oxígeno. Un oxígeno bastante normal... Era parecido al aire de la Tierra.

—¡Eh! —gritó a los que corrían.

Pero ninguno le hacía caso.

—Sería divertido que huyesen de mí. ¡Eh!

Entonces una piedra de regular tamaño cayó cerca de él.

Instintivamente Rudy se revolvió, y vio a un par de individuos, barbudos, esqueléticos, que se disponían a arrojarle nuevas piedras.

El piloto esquivó.

—¡Un momento! ¡Un momento!

Podía defenderse disparando su fusil de rayos láser, pero generalmente tenía por costumbre no usar de la violencia si era posible entenderse con palabras.

Los individuos no parecían tener demasiadas ganas de hablar.

Se hallaban a unos doce metros en un desnivel del valle y se apresuraban a recoger nuevas piedras.

Pronto aparecieron otros individuos, hasta un número aproximado de treinta. Los habían de todas las edades, pero tenían algo en común: sus cuerpos flacos, mal nutridos.

Incluso a Rudy le pareció distinguir a una mujer.

Ahora todos querían apedrearle.

—¡Un momento! Yo no vengo a hacerles ningún daño.

Una de las piedras casi le rozó y Rudy exclamó:

—Está bien. Os haré una demostración de que soy más poderoso que todos vosotros juntos.

Disparó con el rifle, no para matar a nadie, sólo para convencer a sus atacantes del poder que poseía.

El rayo láser asustó a sus enemigos, que se llevaron las manos a sus rostros y retrocedieron.

Un mozalbete, sin embargo, había dado la vuelta a la choza y pasó inadvertido por el piloto.

El mozalbete arrojó una piedra de un kilo de peso.

Instintivamente Rudy se revolvió, pero ya era tarde para esquivar la pedrada.

Le alcanzó de refilón el rostro y aquello evitó, sin duda, que el golpe pudiese ser mortal, pero sí bastó para que perdiera el sentido.

Fusil y escafandra cayeron de sus manos y él, Rudy, se desplomó para quedar inmóvil en el suelo.

Sus depauperados enemigos comenzaron a avanzar hasta rodearle en silencio.

CAPITULO III

—¡Ya vuelve, en sí, ya vuelve en sí! —exclamó la mujer.

Rudy parpadeó y vio la femenina silueta incorporarse para salir por la puerta de la choza y repetir:

—Avisad a Nemo. El extranjero está despertándose.

Lo que más extrañó a Rudy era que pudiera entender lo que aquella muchacha hablaba.

Aparentaba unos veintitantos años, contando con el sistema terrícola y no era mal parecida.

Vio cómo se aproximaba y al mismo tiempo observó que en la puerta de la cabaña aparecían otras dos mujeres. Todas iban armadas con estacas.

Su guardiana se apresuró también a coger una que momentos antes descansaba en un rincón.

—Creo que hablamos el mismo idioma —dijo el piloto forzando una sonrisa.

La muchacha le miró atónita.

—Es verdad... Entonces... Usted no es extranjero.

—Sería curioso que estuviera en la Tierra... Pero esto no puede ser. No existen lugares así.... Dígame, ¿qué es esto?

—La casa de Nemo —repuso ella— alzando los hombros.

—Nemo... Bueno, yo me refería al planeta. ¿Qué nombre tiene?

—¿Qué es un planeta? —inquirió ella con desconfianza.

Se acercó tímidamente y una de las que esperaban en la puerta advirtió:

—Cuidado, Samah... No te acerques demasiado. Es un ser extraño. Debe ser muy inteligente para entendernos...

—¡Ohhh! —exclamó el piloto e intentó incorporarse.

En seguida vio el garrote de la llamada Samah en alto.

Hizo un mohín de disgusto y murmuró:

—Por favor... por favor. No soy ningún malvado. Quisiera... quisiera hablar con el jefe de esa tribu o lo que llaméis a vuestra... a vuestra comunidad.

—¿De qué habla? preguntó una de las curiosas de fuera.

—Nemo es el jefe. Yo soy con él.

—¿Quieres decir que... eres su esposa?

—¿Esposa?

—Bueno. Ya veo que, aunque hablemos el mismo idioma, hay palabras que no comprendéis... —se palpó el cuello, tenía un considerable hematoma producido por el pedrusco.

—¿Recibís siempre a los forasteros con piedras? —sonrió.

Le habían dejado incorporarse, pero sin pasar de ahí.

Samah no contestó y Rudy buscó con la mirada para ver de encontrar fusil y la escafandra.

—Yo llevaba algo... ¿Dónde está mi fusil?

—¿Qué es fusil?

—El arma que dispara el rayo. El rayo... Pero claro, tú tampoco sabrás lo que es un rayo.

—Sé que es arma... Nemo tener buenas armas para combatir a los matalobos.

—¿Los matalobos? —inquirió el piloto—. ¿Quiénes son?

—Nosotros... Estas pieles, son de lobos.

—No comprendo muy bien, pero no creo que todas esas pieles sean de lobo. Aquí hay una mezcla.

—Animal es lobo. Nosotros los matamos y nos llaman lobos, pero los «Matalobos» quieren que trabajemos para ellos...

—Bueno... Ya veo que tienen un problema de tribu, pero esto no es cosa mía. Yo lo único que pido es mi fusil y les aseguro que no volverán a verme el pelo. No sé dónde estoy, pero voy perdiendo interés por saberlo... Quizá a alguno de los sabihondos del laboratorio le gustaría experimentar con ustedes, pero yo no... Así que me llevaré

fragmentos de esos cascotes que están al otro lado de la montaña, señalaré la ruta y si alguien quiere colonizaros que lo haga... No has entendido ni una palabra, pero tampoco me importa...

Intentó levantarse y ella le amenazó con la estaca.

—Deja de hacer el tonto. Me estoy cansando ya.

Pero como él continuó queriendo ponerse en pie, la joven descargó su estaca.

Claro que Rudy esquivó y seguidamente pasó al ataque.

Con un hábil quiebro, desorientó a la mujer y en seguida quedó a su merced.

Pudo quitarle la estaca y entonces ella se lanzó como una gata en celo mostrando dientes y uñas.

Se había abalanzado contra Rudy y éste exclamó:

—Bueno, bueno, gatita... Esto no está en el programa.

Se agachó y sujetó a la muchacha por las piernas cargándola sobre su hombro. La colocó del modo que con las manos ella le iba golpeando la espalda mientras pataleaba para librarse.

—Quieta... Saldremos juntos de aquí y hablaré con ese Nemo si es que alguien me dice dónde puedo encontrarle.

—¡Suelta! ¡Suelta!

Las mujeres que estaban fuera chillaron a pleno pulmón.

—¡Ha cogido a Samah! ¡El extranjero se lleva a Samah!

Un hombre de aspecto primitivo avanzó desde la parte baja del valle.

El individuo poseía torso, piernas y brazos de auténtico atleta, o en todo caso, propio de quien está habituado a un trabajo duro que precisa de abundante ejercicio y derroche de fuerza.

—¡Allá voy! —gritó.

—¡Castígale, Nemo! —gritó un viejo saliendo de una choza.

—¡Dale lo suyo, Nemo! —gritó una mujer.

Algunos mozalbetes, desnudos por completo, iban detrás del

hércules.

—Ahí está, ahí está el extranjero.

Otros se armaron de piedras, pero nadie las arrojaba contra Rudy por temor a herir a Samah.

El piloto había salido al exterior. Ahora todo estaba claro. Parecía que un astro similar al Sol que alumbra el planeta Tierra y a todos los de su sistema, cubierto por una tenue neblina calentara la superficie y proporcionara la luz, un tanto grisácea, pero más que suficiente.

—¡Deja a la mujer, extranjero! —exclamó Nemo.

Rudy miró en torno suyo. De todas partes había surgido gente. Viejos, niños, mujeres y algunos jóvenes que portaban largas y pesadas estacas.

Rudy dejó lentamente a la mujer en el suelo.

—Bueno, bueno... Yo nunca me meto con las mujeres si no es para hacerles el amor... Pero esa fierecilla intentó agredirme y... ¡Al diablo! No quiero nada con vosotros.

Iba a dar la vuelta, pero observó que los que estaban a su espalda caminaban hacia adelante intentando cortarle el paso.

Nemo estaba ya próximo, seguido siempre de la tribu.

En breves momentos el piloto se encontró rodeado.

—¿Tú eres el jefe? —preguntó a Nemo cuando éste se plantó a unos dos metros.

—Yo soy el jefe. ¿Tú quién eres? Hablas nuestra lengua... ¿De dónde vienes?

—De un lugar muy lejano... Entré en órbita de vuestro planeta y me vi precisado a tomar tierra. Mi nave está allí. Cerca de la colina.

—Ya hemos visto tu lobo metálico —repuso Nemo.

—Aquí a todo le llamáis «lobo».

—Lobo, animal.

—Sí. De acuerdo, el lobo es un animal... Y bien que a todos los animales les llaméis lobo, pero esto de ahí... no es un lobo. Es una nave espacial pequeñita. De las llamadas unipersonales... ¿Lo

entiendes?

—No. No entiendo —repuso Nemo—. Entiendo que tú te llevabas a Samah.

—No, no —sonrió el piloto—. Yo no me llevaba a tu chica. ¿Sabes? Pero tenía que defenderme. Intentó pegarme.

—Quería escapar —repuso la muchacha yendo al lado de Nemo, que la colocó a un lado para tener libres las manos.

—Yo quiero irme. Es natural. Tengo un habitáculo con muchos amigos que me esperan... Sólo quiero que me devolváis mi fusil.

—El quiere el arma —explicó Samah a Nemo.

—¿Arma?

—Sí. Es mía. Y la escafandra.

Nemo se volvió hacia uno de los muchachos.

—Busca extraña cabeza y tráela.

—Sí, Nemo —asintió un mozalbete.

—¿Y qué hay del fusil? —inquirió Rudy.

—Arma no. Arma interesante.

—Pero si no sabréis manejarla —sonrió el piloto.

—Sí, sé manejarla. Yo he probado...

—Bueno, pero esto hay que utilizarlo con cuidado y no abusar... No es para vosotros.

—No te canses. La necesito para usar contra los matalobos.

—Bueno... Mientras espero a tu mandadero a ver si me entero de quiénes son esos matalobos.

—Hombres malos... Quieren que cacemos para ellos sin darnos nada a cambio. Nosotros no queremos cazar si no nos dan provisiones. Ellos nos obligan.

—¿Y cómo pueden obligaros? —inquirió el piloto sin demasiado interés.

—Tienen armas. Armas afiladas. ¡Kenny!

Un hombre más joven que Nemo, un muchacho todavía se aproximó.

—Kenny. Enséñale el arma que tienes. Enséñale.

Lo que el llamado Kenny mostró a Rudy era un pedazo de palo afilado.

El piloto lo examinó y poco le faltó para lanzar una carcajada.

Estaba perplejo.

Aquello que tenía entre las manos... aquello a lo que temían los llamados «lobos», no era otra cosa que un pedazo de flecha rudimentariamente afilada.

Se mesó la barba, que le había crecido durante el vuelo y murmuró:

—Bueno... Vosotros también podéis construir armas como ésta. ¿No?

—No tenemos árboles. En esta región no crecen. Ellos sí tienen árboles... Y nosotros no podemos entrar. Nos arrojaron de allí.

—¿Cuánto tiempo hace que vivís así?

—¿Vivir... cómo?

—Pues...

El piloto se mordió los labios. Pensó que era inútil hacer comprender a aquella gente que vivían mitad como en la Edad de Piedra del planeta Tierra y mitad tal vez como los pieles rojas norteamericanos en su fase primitiva.

Echó una nueva ojeada por el conjunto de pequeñas chozas, miró a las gentes.

Casi todos llevaban barbas, al menos los adultos. A Nemo todavía no se le había desarrollado demasiado a pesar de que aparentaba unos veintidós años poco más o menos, y a pesar también de su magnífica presencia física. Por otra parte el color rubio de su pelo, un rubio blanquecino, hacía aparecer el pelo menos visible.

Entonces el piloto, al profundizar en lo que veía, observó también que ni hombres ni mujeres respondían a una raza determinada. Es decir, que sus constituciones no podían ser consideradas como pertenecientes a un grupo étnico determinado.

Parecía la mezcla de varias razas que, sin embargo, hablaban todos la misma lengua.

—Bueno... Con un fusil como el mío... no creo que tengáis bastante para defenderos de vuestros opresores, ni tampoco os servirá para poder fabricar otros nuevos, así que... será mejor que me lo devuelvas, Nemo. Yo... Yo no puedo hacer nada por ayudarte a ti y a los tuyos.

El otro permaneció inmóvil, sin demostrar disposición para devolverle a Rudy su fusil.

—Vamos... ¿Dónde lo tienes?

Dio un paso hacia adelante, pero Nemo demostró, cortándole la marcha, que tampoco estaba dispuesto a ceder.

Y junto a Nemo se situó Kenny.

Y otros jóvenes avanzaron, también para impedir el paso del terrícola.

El silencio era profundo en el lugar.

De pronto algo lo rompió.

Un grito agudo, prolongado, puso en movimiento a todo el campamento.

—¡Los matalobos! —gritó una voz.

Y un hombre venía jadeante y agitando los brazos.

—Han matado a Tumpo.

Los ojos de la gente se volvieron hacia un hombre de edad madura caído en el suelo. Llevaba una flecha clavada en la espalda.

CAPITULO IV

Los lobos se organizaron rápidamente.

Cada uno, incluidas las mujeres, parecía conocer su obligación en casos de ataque.

Formando pequeños grupos, la gente que comandaba Nemo se colocaron entre los montículos.

Todos iban provistos de piedras y además, llevaban una especie de armas puntiagudas.

Rudy sintió curiosidad y como gran espectador de lo que para aquella gente era algo sumamente trascendental se aproximó a un muchacho.

—Déjame ver —pidió alargando la mano hacia una piel que a modo de cesta, el chico iba a conducir hacia uno de los puestos de ataque.

Sacó una de aquellas armas.

Era hecha de piedra y concienzudamente afilada para sacarle brillo.

«¡Cielos!», exclamó para sus adentros.

La dejó en su sitio.

En plena era cósmica iba a ser testigo de un singular ataque entre gentes equipadas como seres de una edad remota, contra otros que al parecer usaban flechas propias del siglo XVIII y XIX.

—¡Atacan! —gritó alguien.

El muchacho corrió con su hatillo de pieles para dejar aquellas armas a un grupo de atacantes.

Una flecha surcó el espacio y parecía dirigirse hacia el chico.

—¡Eh! ¡Al suelo! —gritó el piloto.

También él buscó refugio tras una piedra.

Al otro lado, en la parte más baja de aquel sector del valle, un grupo de hombres avanzaban empuñando los arcos.

Desde los distintos puntos que habían elegido, los lobos les arrojaban piedras.

Inmediatamente los de las flechas tensaban sus arcos para pasar al ataque.

—Pero..., ¿qué lugar es éste? —espetó una vez más el piloto pensando en voz alta.

De uno de sus bolsillos del traje espacial sacó un pequeño paquete, que en seguida desplegó, convirtiéndolo en diminutos prismáticos, que se llevó a los ojos para observar a los enemigos de los lobos.

Aparentemente eran —o podían ser— hermanos de los otros. Sólo se diferenciaban por un casco de pieles que llevaban en la cabeza. Por lo demás vestían igualmente con aquellas tiras de piel de animal, cubriéndose únicamente desde la cintura hasta la parte alta del muslo.

De pronto, y de una de las cabañas de más abajo —con los pequeños prismáticos Rudy podía verlo todo perfectamente— vio a Nemo que salía con el fusil.

—¿Dónde va ese insensato? —musitó el piloto para sí.

Y Nemo accionó el fusil, sin demostrar ninguna práctica, pero como su uso era elemental, el rayo surgió del cañón.

Se escucharon gritos, los atacantes retrocedieron mientras el rayo, que había alcanzado ya a uno de los hombres, demostraba su eficacia.

Cayó un segundo atacante y un tercero, ante el pasmo general.

Nemo continuaba con el arma mortífera en la mano.

A Rudy se le antojó un contraste grotesco, pero para las huestes de Nemo terriblemente eficaz.

El rayo iba causando estragos.

—Con eso se puede acabar con todos —gritó alguien.

Rudy había contado hasta media docena de víctimas en el bando opuesto, pero el efecto causado entre los matalobos fue inmediato.

—¡Huyamos! —gritó uno que parecía ser el jefe.

Toda la arrogancia de los hombres de las flechas se esfumó y empezaron a correr desesperadamente hacia atrás.

Nemo reía a carcajadas mientras seguía dirigiendo el rayo hacia sus enemigos.

Rudy salió de su parapeto y corrió ladera abajo.

—¡Basta, basta! Ya no es necesario que dispires, Nemo —gritó.

Los atacantes habían desaparecido por un recodo del terreno.

Más allá podía verse la zona de vegetación.

—Vas a gastarlo, Nemo... Ya has conseguido lo que querías... —añadió el piloto.

—Esta arma nos dará el poder a nosotros. Ahora seremos los más fuertes.

—Tiene una carga abundante, pero se terminará, Nemo... ¿Qué vais a hacer entonces?

—No quiero que mi gente se someta a los matalobos.

Les mataré a todos si vuelven a atacarnos aseguró Nemo.

El piloto se aproximó a uno de los muertos.

En el suelo habían quedado un par de bolsas a modo de macutos, también realizadas con pieles.

Tomó una de aquellas bolsas y observó que en su interior se encontraban algunas piedras. Iba a dejarlas donde estaba cuando vio que quedaba algo dentro.

Lo sacó.

Era una lata. Una lata con una marca inconfundible y un nombre:

«Kraff Pilsen.»

—¡Cerveza! ¡Cerveza de la Tierra! —exclamó en un susurro.

Nemo se aproximó con el rifle y detrás de Nemo un mozalbete llevaba la escafandra del piloto.

—La cabeza —dijo el mozalbete tendiendo la escafandra a Rudy, que seguía mirando atónito aquel bote de hojalata.

—Nemo... ¿Cómo ha venido a parar esto aquí?

—¿Esto? —inquirió el jefe de aquella tribu o lo que fuera.

Tomó el envase y miró.

—Hay muchos. En la tierra de las piedras...

—¿Muchos envases como éstos? —inquirió el piloto.

—Sí... Sirven para coger el agua.

—No... Esto no puede ser... Ni siquiera conozco este lugar. No figura en ninguna de nuestras cartas de navegación espacial... Y sin embargo...

Nemo, el mozalbete que llevaba la escafandra y otros se habían aproximado otra vez con curiosidad.

Algunos cuidaban de retirar los muertos. Las flechas habían producido un par de bajas.

Rudy seguía atónito.

—¿Cómo... cómo era antes este planeta, Nemo? Yo he visto esa zona de las piedras. Tomé contacto con la superficie bastante lejos de aquí... Esto antes debió ser un lugar muy próspero y ahora está todo en ruinas... ¿Qué era esto, Nemo?

—No le entiendo... No lo sé.

—¿Vosotros siempre habéis vivido así?

—Nosotros tenemos nuestra tierra.

—Pero alguien debe saber que esto antes fue... fue algo más que un montón de chozas habitadas por lobos.

—Nosotros somos lobos. Ellos, nos llaman lobos. Igual que a los animales que cazamos.

—Sí, sí, Nemo, sí... Os llaman lobos, pero antes tuvisteis otros nombres... Hay un campo inmenso de escombros cerca, del mar. Un río que debió ser importante está cubierto de cascotes. Este planeta debió ser víctima de una gran destrucción... Y de algún modo alguna expedición de la Tierra debió llegar antes aquí... Veamos... Sé que lograron descubrir un planeta habitado... Una expedición atravesó todo el Cosmos y ya no pudieron volver... Es posible que esas latas pertenecieran a gente de mi planeta... Hace ya mucho tiempo que ocurrió lo que digo... ¿Conocisteis a otros extranjeros?

Nemo negó con la cabeza.

Los demás le imitaron.

Aquella gente primitiva y elemental eran incapaces de mentir y Rudy comprendió que nada sabían.

—Tengo que hablar con los matalobos... ¿Dónde tienen su campamento?

—Es peligroso —advirtió Nemo.

—Necesito saber cómo consiguieron esas latas... Y dónde están los hombres que las llevaron.

—No hay extranjeros —repuso Nemo—. Los matalobos no tienen a ningún extranjero. Las latas están entre las piedras.

Samah se había aproximado. Su voz sonó dulce cuando adujo:

—¿Son malas esas latas? ¿Malas para usted?

—Pues... De momento no sé lo que significan en este lugar —repuso el piloto—. Y tengo que averiguarlo.

—Los matalobos son malos... Le matarán a usted —añadió Samah.

El piloto miró a la muchacha.

—Gracias a su fusil no podrán atacarnos... Quédese aquí y ayúdenos —insistió ella.

—Déjame el fusil, Nemo —pidió el piloto.

Nemo dio un paso atrás y se irguió:

—Vamos, Nemo. Ahora lo necesito. Tengo que ir allí. ¿Comprendes?

—Lo necesitamos —pidió Samah—. Tú puedes conseguir más, pero nosotros no.

—Está bien, está bien. No discutamos. Os lo devolveré. Pero dejádmelo ya.

Nemo murmuró:

—Yo te acompañaré a campamento de matalobos. El fusil voy a llevarlo yo.

—Está bien... Haz lo que quieras... Pero para obtener la

información que necesito me basto yo solo.

Pero Nemo se mantuvo firme en su propósito de acompañar a Rudy y tomó la delantera.

¿Qué encontraría Rudy en los bosques dominados por aquella extraña y primitiva tribu que como recipientes usaban los envases de una conocida marca de cerveza del lejano planeta Tierra?

CAPITULO V

—¡Ahí están! —indicó Nemo entre unos setos.

A través de la vegetación, Rudy pudo ver una explanada donde se hallaban varias «casas» alineadas.

Eran chozas parecidas a las de la gente de Nemo, pero estaban alineadas formando una calle.

En las esquinas, y separadas de aquel núcleo, se hallaban otras chozas más grandes.

Nemo explicó:

—Son de los vigilantes de Rex.

—¿Quién es Rex?

—Rex es el gran jefe. Tiene muchos vigilantes y ocupan esas viviendas más grandes, así pueden ver si alguien trata de atacarles mientras duermen... Ellos tienen mejor tierra que nosotros, pero necesitan que alguien les mate los lobos.

—¿Y hay más tribus?

—No.

—¿Sólo están ellos y vosotros? —inquirió el piloto.

—No hay más tribus —insistió Nemo.

—Y justamente» os habéis tenido que situar unos junto a los otros.

—Éramos sólo nosotros. Ellos vinieron de lejos y nos arrojaron, pero no saben cómo se matan los lobos..., les tienen miedo y nos obligan con el poder de sus armas... Por esto tu *fútil*...

—Fusil —rectificó Rudy—. Se llama fusil.

—Bien, pues eso..., tu fusil nos dará la fuerza para combatirles. Que se maten sus lobos y que se vayan,

—¿Sabes de dónde vinieron ellos?

—De muy lejos.

—Esto no es mucho. Bueno. Ahora dame el fusil. Yo volveré. Déjame que vaya a hablarles.

—Yo también quiero hablarles. Cosas han cambiado. Mi gente ya no se someterá.

—Está bien, vamos pues... ¡Espera!

De pronto Rudy se detuvo. Creyó haber escuchado un ruido y se volvió.

Nemo también se había detenido. Tampoco a él le pasó inadvertido el ruido.

A pocos metros de distancia de los dos hombres aparecía la fiera.

—¡Lobo! —exclamó Nemo.

La fiera lanzó un rugido.

—No, Nemo. Esto no es un lobo. Es un león.

¡Un león en aquel extraño lugar primitivo!

Y el león volvió a rugir observando a los dos hombres.

—Está hambriento, Nemo, y va a atacar. Dame el fusil.

—No. Nemo disparará.

—¡No! —Y de un manotazo Rudy le quitó el arma.

La fiera pegó un salto dispuesta a agredir a Nemo, que, instintivamente, sacó una de las piedras afiladas que Rudy había visto ya y se dispuso a enfrentarse con la fiera.

—Aparta, Nemo. Esto es un suicidio. Apuntó con el rifle, pero ya hombre y fiera rodaban por el suelo.

El león intentaba clavar sus poderosas zarpas al hombre, pero Nemo se mostró como un veterano luchador.

El astronauta apuntaba con el fusil esperando la oportunidad de poder disparar sin alcanzar al hombre.

Nemo se había aferrado al cuello del animal con una mano, mientras que con la otra intentaba herirle con la afilada piedra.

El animal pegó un tirón y se desprendió de Nemo. El piloto aprovechó la ocasión para disparar contra la fiera.

El rayo láser la fulminó.

Ayudó a Nemo a levantarse y dijo:

—No debiste hacerlo, Nemo.

—Yo creía que tú querías quitarme el fusil.

—Solamente intentaba disparar contra la bestia...

—Fusil es muy rápido. Lobo muere sin lucha.

—Ignoro por qué los llamáis lobos, pero no importa... ¿Cuántos has cazado de... lobos como éstos?

—Muchos.

—¿Todos así?

—La piel es diferente.

—Claro. Porque el género de animales es también diferente. Bueno..., si quieres venir, vámonos, pero el fusil lo llevaré yo. No es por desconfianza, pero me sentiré mucho más seguro.

Nemo tuvo que admitir la voluntad del terrícola y seguidamente reemprendieron la marcha.

—¡Cuidado! —exclamó Nemo.

Instintivamente el piloto se echó al suelo.

Una flecha surcó el espacio y fue a clavarse en el tronco de un árbol.

El correr de varios hombres se dejó sentir, pero Rudy, para impedir aquel avance, espetó:

—¡Quietos! ¡No den ni un paso más! Si piensan atacarnos medítenlo antes.

La respuesta fue una auténtica andanada de flechas.

—Utilice el fusil, utilice el fusil —gritó Nemo.

—Lo haré en su momento, Nemo. Particularmente prefiero convencer a la gente por las buenas.

Pero en seguida comprobó que los matalobos no eran nada sociables, por lo que hizo una seña a Nemo para que cambiase de

lugar.

De un salto, y cuando ya Nemo hubo cambiado de posición, Rudy accionó el fusil y lanzó el rayo contra la base del tronco de un árbol.

El pesado tronco quedó aserrado al instante y cayó justo donde se hallaban los matalobos.

Se escucharon algunos gritos y alguien exclamó:

—Tiene el arma mágica. ¡Huyamos!

Pero Rudy disparó contra otro árbol, que, al igual que el anterior quedó cortado de inmediato.

Seguidamente hizo la misma operación, contra otro árbol y la repitió.

Los matalobos se encontraron prácticamente rodeados, cuando Nemo avanzó hacia ellos sin dejar de encañonarles.

—¡Y ahora quietos! Sólo estoy intentando hablar con vuestro jefe. ¡Vamos! Andad hacia vuestro campamento, y que alguien llame a Rex...

Nemo, sonriente por primera vez, apareció junto a Rudy.

—Tú sabes manejar esto bien... Cuatro veces y ¡zas! Cuatro árboles gigantes caídos.

—Sí. Todo requiere su entrenamiento. Anda, vamos.

Y los dos siguieron a aquellos hombres llenos de miedo que comenzaron a andar hacia el campamento.

No tardaron en llegar a la explanada.

Algunos hombres y también mujeres salieron a curiosar. Posiblemente no esperaban ver llegar a los suyos como prisioneros.

—¡Alto! —ordenó Rudy antes de meterse por lo que parecía ser calle principal del poblado.

—Uno que vaya a buscar a Rex. ¡De prisa!

Comprendieron perfectamente porque uno de los matalobos tomó la delantera y desapareció, no por la calle, sino por la explanada, en dirección a una de las chozas de mayor tamaño.

—Rex vive allí —indicó Nemo.

—Vamos, pues. Le ahorraremos camino.

Siguieron al guía hasta que llegó a la choza hacia la que se metió, seguido de Rudy.

Sentado en el suelo se encontraba un hombre con el cuerpo cubierto por una piel. A ambos lados estaban dos hombres.

—Es Rex —anunció Nemo antes de que el guía hubiera podido hablar.

—Bien, Rex. Yo me llamo Rudy, vengo del planeta Tierra y necesito conocer algunas cosas que me han intrigado.

Rex clavó sus ojillos en la faz del piloto y luego su mirada se posó en Nemo, que pareció erguirse con orgullo.

El guía explicó:

—Tienen el arma de fuego.

—Está bien. Vete. Hablaré con el extranjero —repuso Rex con la voz majestuosa de un rey.

El guía saludó con una leve inclinación de cabeza y se alejó, mientras Rudy soltaba:

—Las latas... Me interesa saber quién trajo estas latas aquí —y mostró la que llevaba como muestra, arrojándola a los pies de Rex.

El jefe de aquella tribu pareció extrañado.

Tomó la lata y luego miró fríamente al extranjero. Era un hombre de apariencia altiva, orgulloso.

—Las latas están con las piedras.

—Es lo que yo te dije —aclaró Nemo.

—Sí, sí... Pero no llegaron solas. Veamos si Rex sabe algo más sobre este planeta... ¿Qué sabéis de vuestros antepasados?

—¿Antepasados? —preguntó el jefe de los matalobos con mirada inexpressiva.

—Sí. Tus padres y los padres de tus padres... Porque supongo que no habéis nacido por generación espontánea, ¿verdad? Bueno..., bueno, ya sé que algunas cosas no las entendéis, pero habláis mi idioma, y esto tampoco se aprende solo.

—Nosotros no tenemos padres. No sabemos qué son padres... No comprendo tu lenguaje, extranjero. Vete de donde procedes y llévate tu arma... No queremos extranjeros.

—No te quieren porque somos nosotros los que tenemos el fusil —aclaró Nemo. Pero si fueran ellos, verías cómo te pedirían que te quedaras.

—¡Nemo, serás castigado por lo que has hecho! —aseguró aquella especie de cacique orgulloso.

—Bueno, Rex... A mí no me gusta meterme con los problemas intermedios de ningún habitante, sólo quiero que me digas... quién destruyó vuestra civilización.

Pero Alex se mostraba impenetrable, o no sabía nada o guardaba el secreto, aunque el piloto se inclinó más bien por creer lo primero.

—Está bien... Me llevaré la lata como recuerdo —repuso el piloto inclinándose para tomar la lata.

Apenas había iniciado el movimiento, los dos hombres que protegían a Rex se abalanzaron sobre el piloto.

—¡Cuidado! —advirtió Nemo.

Al mismo tiempo el, propio Nemo intentó neutralizar el ataque, pero Rudy se incorporó bruscamente y evitó el golpe que uno de los servidores de Rex iba a proporcionarle.

Utilizando la pequeña culata metálica del fusil alcanzó la mandíbula de su rival, al que golpeó seguidamente en el estómago, para tumbarle de un tercero y definitivo golpe.

Nemo se las entendía con el otro y demostraba que con los puños nadie podía enseñarle nada en cuanto a pegada.

Dos buenos golpes seguidos para terminar la serie con un gancho bastaron para deshacerse del otro contrincante.

—No he venido a atacarte, Rex. Únicamente quería información. Ahora te lo advierto, no sé el tiempo queme quedará aquí. Ten cuidado. No te cruces en mi camino. Vamos, Nemo.

Nemo se sentía bastante orgulloso de ir en compañía del terrícola.

Salió altivamente de la choza, pero en seguida su incipiente sonrisa se heló en los labios.

—Cuidado —susurró.

Delante de la choza se había reunido lo que parecía ser toda la tribu.

—No tengas cuidado —repuso el piloto echando el fusil hacia adelante—. Esto les evitará malas tentaciones.

—Si algún matalobos quiere la guerra, nosotros le daremos guerra —vociferó Nemo.

Ahora los dos hombres avanzaban hacia la gente, a la que con el fusil, Rudy les indicaba que se apartaran.

Y los súbditos de Rex retrocedían para que Nemo y el piloto pudieran avanzar.

Rudy recorría con la mirada a toda aquella gente.

Eran rostros normales. De vestir como era usual en la Tierra hubiesen pasado por ciudadanos de cualquier lugar.

¿De dónde había sobrevivido aquella gente?

De pronto los ojos de Rudy se detuvieron en un individuo barbudo como casi todos.

A pesar de su aspecto, el hombre motivo de la atención de Rudy, no era viejo. Podía alcanzar los cuarenta años... Tenía unos ojos extraordinariamente claros.

—No... No puede ser —balbució Rudy para sí.

Avanzó por entre la gente, pero ahora ya no tomaba precauciones. Caminaba de prisa, presa de un repentino presentimiento.

Nemo le seguía y la gente se apartaba.

Cuando el piloto estuvo delante del hombre de los ojos claros, ya no le quedaba la menor duda sobre la identidad del individuo.

Con el asombro reflejado en todo su semblante exclamo:

—Mäller... ¡Mäller! ¡Tú eres Mäller!

CAPITULO VI

Hans Rudolf Mller tenía el número de identidad 3.244.327/1.

El número era el de su carnet que le identificaba como miembro del departamento de investigación de la Sociedad Terrestre de Naciones, científico por más senas, calificado en primera categoría.

Sin embargo, Mller, mezclado entre aquella gente semidesnuda, parecía, al igual que ellos, un ser primitivo, desplazado.

Mller miró a Rudy como si se tratara de un perfecto desconocido, un extranjero con extraño atuendo al que viese por primera vez.

—Por qué me has llamado así? —preguntó aquel hombre.

Rudy intentó poner sus manos en los hombros del profesor.

Mller retroced.

—Esto no es posible... No... Debo estar soñando. Porque tú eres Mller. Hace un mes te dejó all en la base... Es que no lo recuerdas...? Me deseaste un feliz vuelo y yo... Oh, no, no Esto no puede ser!.. Cmo... cómo has llegado hasta aquí? A menos que...

Rudy qued aterrorizado de sus propios pensamientos.

—No puede ser... Dime que no puede ser... Yo solamente estuve un mes de vuelo... Puede existir un error de días... Y en un mes...

Nemo se había aproximado y su rostro expresaba el mismo estupor y extrañeza que el del piloto.

—Qu te pasa? Es que conoces a este hombre?

—Claro que le conozco! Es un científico! El nico bueno que existe... Este no es como los otros sabihondos. Este cree en la condición humana y...

Se interrumpí para mirar de hito en hito al profesor.

Pero el individuo parecía no comprender ni una sola palabra de lo que hablaba.

—Yo soy Ander —dijo al fin el hombre.

—Ander... No. Tú has perdido la memoria... Creo que empiezo a entender algo. Es decir..., trato de en tenderlo, pero no puedo comprenderlo.

Se volvió.

Vio clavada en él todas las miradas, incluso la de Nemo.

—Todos han perdido la memoria. No conocen nada de su pasado. No tienen ascendientes Se han encontrado de pronto en un lugar donde tienen que luchar para subsistir.

—Vamos, Ander... Quiero que veas algo. Ven.

Pero el llamado Ander negó con la cabeza.

Algunos dieron pasos hacia adelante, como si pretendiesen rodear al piloto.

Nemo previno:

—Cuidado.

—Toma. Mantenles a distancia —repuso Rudy entregándole el fusil de laser.

Luego sujetó a Ander y murmuró:

—Tienes que venir... Tú no te das cuenta. No comprendes nada... Igual que yo, pero yo no he perdido mi memoria. Anda... No te haré ningún daño. Ven.

Nemo tenía el fusil y el arma infundía un terrible respeto a aquella gente.

Asido por Rudy, Ander comenzó a andar. Se dejaba llevar, ante el silencio general.

Pasaron de nuevo entre aquellas gentes, que no cesaban de mirar y Nemo cuidaba de mostrarles el fusil para que ninguno de ellos se desmandara.

Salieron al fin de entre la multitud y seguidamente emprendieron el regreso hacia la zona perteneciente a los matalobos.

Ander iba en silencio. Caminaba como un autómatas sin voluntad. Evidentemente tenía miedo de lo que podía ocurrirle.

El piloto no cesaba de mirarle.

—Es terrible lo que pienso, Mäller. Terrible... Ojalá alguien pudiera ayudarme en este lugar... Si pudieses recordar, si pudieses volver la mirada hacia atrás...

Se interrumpió de pronto y exclamó:

—¡Tana! ¿Dónde está Tana?

—¿Quién es Tana? —intervino Nemo.

—Tana es... ¡Oh, cielos! Vayamos primero a la nave. Sí, procedamos con calma... Vayamos allí. Luego nos ocuparemos de Tana, porque presiento que si vive tiene que estar aquí. Tiene que estar aquí —remarcó.

* * *

Varios curiosos rodeaban la nave de Rudy, sin atreverse a acercarse demasiado.

El piloto se abrió paso y avanzó hasta la escalerilla.

A su lado, Ander contemplaba el artefacto con curiosidad, pero sin que por su expresión fuera posible deducir si había visto «aquello» con anterioridad,

—¿No te recuerda nada? —Anda. Vamos, sube...

La idea de meterse ahí dentro a Ander no le hizo ninguna gracia y se resistió a que Rudy le hiciese subir

—¡Sube! Tienes que hacerlo, Mäller... Tienes que recordar.

A pesar suyo, Ander accedió.

El control remoto que Rudy llevaba consigo abrió la puerta, que parecía estar soldada a la misma lámina del fuselaje.

Al fin, Ander, con gran recelo, entró.

La cabina tenía la altura normal de un hombre corriente, y lo corriente con la evolución de la raza se aproximaba a los dos metros.

Había un solo asiento, pero permitía la estancia de hasta tres hombres puestos en pie.

—Mira bien esto, Mäller. Este no lo construiste tú pero estás cansado de ver naves como ésta... Mira.. Aquí está el calendario, y la

fecha de mi despegue de la base. ¿Ves? Salida 13 de marzo... Hoy estamos a 12 de abril. Yo llegué ayer.

—¿Marzo, abril?

Ander demostró su total desconocimiento del significado de aquellas palabras.

—Un mes, Ander. Un mes antes tú estabas en la Tierra... Y eras el profesor Mäller... ¿Sabes lo que temo, Ander? Mira...

Señaló el kilometraje.

—Primero pensé que se había estropeado, porque la aguja marcaba cero... Sin embargo, ahora creo que esto funciona perfectamente... Sí.

Se sentó en la silla delante del complicado tablero de mandos y observó el exterior. Miró aquellos rostros que a su vez le miraban con curiosidad, con respeto o con temor creyéndole sin duda un ser extraordinario, sobrenatural.

—Esto es la Tierra... La Tierra.

Escondió el rostro entre las manos.

—Pero algo falla... En un mes no es posible que se haya producido este cambio... Ander... Quiero volar por todo esto. Quiero ir a otras partes y convencerme de que ya no quedan más supervivientes...

Ander miraba ahora con curiosidad los aparatos, los pulsadores.

El piloto se volvió:

—Aquel inmenso llano plagado de escombros... Yo creí que se trataba de otro planeta, de un lugar donde tal vez siglos antes había existido una floreciente civilización y sin embargo... Era nuestra propia civilización. En un mes... Y toda esa gente sin recordar nada... Luchando por la vida. ¿Sigues sin comprenderme, Ander?

—Yo no entiendo nada —musitó en un murmullo.

El piloto tomó el micro y grabó:

—No sé si esto servirá para nada. Todavía no comprendo lo que ha podido ocurrir. Sólo sé que me quedé dormido más tiempo de lo previsto... En el calendario hoy se cumplen treinta días exactos de mi despegue de la base. He encontrado al profesor Hans Rudolf Mäller y

no recuerda nada. Ahora le llaman Ander. Trataré de averiguar más cosas. Ahora mismo voy a ponerme en marcha.

Desconectó, pulsó un botón y la nave quedó herméticamente; cerrada.

—¡Quiero salir! —exclamó Ander.

—No. Vendrás conmigo... No quiero estar solo en este vuelo... Haré lo que pueda para que recuerde: y me ayudes a averiguar lo que ha ocurrido aquí.

—Tengo que trabajar —manifestó Ander.

—¿Trabajar?

—Sí... Cortar la carne. Tengo que cortar la carne de los lobos y distribuirla a mis compañeros.

—No, amigo. Tú eres un científico. No un carnicero

—Rex me castigará si no lo hago.

—Ya veo que en poco tiempo habéis empezado a organizaros. Incluso hay jefes... Me gustaría saber quién fue ese Rex... y Nemo. Y los demás... ¿Cuánta gente sois entre unos y otros?

—No lo sé —repuso Ander.

Desde abajo, Nemo hacía señas al piloto, que volvió a abrir la puerta y se aproximó a la entrada.

—¿Qué hay, Nemo?

—¿Te vas?

—Quiero saber si hay más gente en alguna parte. Recuerdo que vi montañas humeantes cuando me dirigía hacia aquí. A propósito... Déjame el fusil, quizá pueda necesitarlo.

Nemo dudó, luego dijo:

—¿Puedo ir contigo?

—Aquí no hay mucho espacio, pero si quieres, sube.

Una vez en la cabina, Nemo miró lleno de extrañeza todos aquellos aparatos.

—¿Para qué sirve? —preguntó mirando una pantalla.

—Esto es televisión... Bueno, mucho más perfeccionada que cuando la inventaron. Un cerebro electrónico transmite sus datos a cada una de esas pantallas... Y sirve también para ver a distancia.

Hizo una pausa como si pensara en algo concreto y pulsó un botón en el que apareció el rostro de Tana.

—Mirad esa fotografía. Es Tana... ¿Alguno la conoce?

—¿Eeh? —Los ojos del hombre que decía llamarse Ander se clavaron en aquella imagen.

—¡Ander! ¿La conoces, verdad..., tú la recuerdas?

Ander no respondió. Parecía que aquella foto le hubiese magnetizado.

—La dejaré ahí para que intentes recordar dónde la has visto antes.

Y seguidamente Rudy accionó los mandos para poner la nave en marcha.

Poco después el aparato subía verticalmente ante el pasmo de la gente que observaba el despegue.

—¿Lobo volador? —inquirió Nemo.

—No. No es un animal, Nemo... Es una nave. N-a-av-e —deletreó, mientras daba a la marcha un sentido horizontal.

CAPITULO VII

Atravesaron aquel inmenso campo de cascotes para pasar a otra zona de suaves colinas, surcadas por grietas y cráteres volcánicos.

Aquí y allá la Tierra parecía haber sufrido una fuerte sacudida sísmica porque pequeñas montañas parecían haber sido cortadas a cuchillo, y entre las nuevas vertientes se abrían simas profundas.

Siguiendo el vuelo llegaron a otro llano y el cristal de aumento, que en principio asustó a los dos huéspedes de la nave, demostró que la tierra era absolutamente natural. Allí no había cascotes, ni escombros, pero todo tenía un aspecto árido. Las rocas parecían basálticas y por doquier imperaba la desolación.

Miró el kilometraje graduado ya para poder contar en vuelo normal.

Se hallaban a unos mil kilómetros ya del punto de partida.

A veces Rudy aminoraba la marcha para ver con más detalle los puntos donde sobrevolaban.

Pasaron ante sus ojos otros campos de escombros y en uno de los puntos donde parecía haber existido una gran ciudad, la tierra, parecía partida en dos mitades y el mar la había invadido formando una extraña bahía.

Pasaron más kilómetros y Rudy murmuró:

—Creía que los aparatos se habían estropeado, pero todo funciona perfectamente.

—¿Qué es esto? —inquirió Nemo fijándose en el calendario.

—Es para medir el tiempo.

—Catorce...

—Es el día. Luego el cuatro que hay a continuación significa el mes.

De pronto Rudy se volvió hacia Nemo.

—¡Sabes leer! —exclamó.

—¿Leer?

—Has dicho catorce...

—Oh, bueno...

—Sabías lo que significaba.

—Es verdad.

—¿Habías visto números antes de ahora?

—No lo sé. No sé qué son números.

—Vamos a ver... Lee el año. Léelo. Está abajo. Los números son más pequeños.

Nemo miró y dijo:

—Tres mil... trescientos... setenta y uno.

—Estupendo... Sólo te has equivocado de un número. Es tres mil trescientos setenta.

—¡Oh! Aquí hay un uno.

—No puede ser. Es un... —Rudy se interrumpió.

Alzó los ojos y comprobó el número. Era, en efecto, lo que Nemo había dicho. Tres mil trescientos setenta y uno.

—Entonces... —murmuró—. Entonces no es un mes lo que transcurrido, sino un mes y un año... ¡Lo tenía aquí delante, y ni siquiera me di cuenta de ello. ¡Trece meses! ¡Trece meses sin darme cuenta de nada!

Ignoraba el tiempo que estuvo dormido, pero en ningún caso, contando ese tiempo y el que pasó pilotando la nave completamente consciente, imaginó ni mucho menos que pudiera sumar más de un año.

Se miró la barba a través del espejo. No podía servirle de guía, porque gracias a la especial climatización de la nave el pelo crecía en menor proporción de lo normal.

—Es ella... —murmuró entonces Ander.

Seguía con los ojos fijos en la imagen de Tana, que no se había movido todavía de la pantalla.

—¿La recuerdas? —inquirió el piloto.

—No sé su nombre... No sé... Pero el lobo... el lobo...

—¿El lobo?

—Sí. Era ella... Hace tiempo, mucho tiempo, al principio...

—¡Cielos, Mäller! Creo que empiezas a recordar. Sigue... Continúa hablando, no te detengas.

—No. No sé... Mi cabeza...

—Inténtalo...

Rudy pulsó un botón y en la pantalla apareció otra pose de la muchacha.

—Vamos, Mäller... Vamos...

El hombre estaba haciendo un terrible esfuerzo, cuando Nemo hizo variar la atención del piloto.

—Mira.

Señalaba el humo que aparecía en una de las cimas más altas de la zona por la que estaban volando.

—Debe ser el humo que vi anoche, cuando llegué.

Puso rumbo hacia aquella cima e instantes después la sobrevolaba.

—Es el cráter de un volcán... Me gustaría saber qué confederación pertenecía... Tal vez sea un volcán nuevo.

Oteó el horizonte con el cristal teleobjetivo. .

El paisaje no le decía absolutamente nada.

—¿Recuerdas algo más, Mäller? —inquirió mirando al hombre que tenía al lado.

—Ella murió devorada por un lobo —recitó con voz lejana e impersonal Mäller.

—¿Tana devorada...? —inquirió el piloto con el ceño fruncido—. ¿Cómo fue? ¿Dónde? Intenta recordar... Y tú también, Nemo... Esto no es un lugar extraño como yo suponía. Es la Tierra. Un planeta que ahora me parece desconocido... Pero lo es. ¡Estoy seguro! Algo muy grande y espantoso tuvo que ocurrir... ¿No os das cuenta? ¡Somos los únicos supervivientes!

Todo lo que habían podido ver a través del cristal de la carlinga fueron campos arrasados, lava, bosques quemados, rocas, tierra árida, incultivada. Y Rudy tomó tierra en una playa. Los hombres permanecían sentados en la arena, El mar estaba en calma. En una extraña y plácida calma y las aguas tenían un color grisáceo, tal vez por efecto de la luz del sol oculta casi siempre en una opaca neblina.

—Hay que empezar de nuevo... —murmuró Rudy—, Y todos tenemos que hacerlo... Pero necesitáis recordar... Quizá entre los supervivientes se encuentren arquitectos, ingenieros, médicos... Necesitamos de todos... Pero para ello hace falta que recobréis la memoria, y recordéis todo lo que sucedió.

No hubo respuesta.

Tanto Nemo como Ander trataban de comprender lo que Rudy pretendía explicarles.

El piloto avanzó hacia el mar y quedó largamente pensativo.

—No... No será fácil hacerles comprender —musitó para sí.

Más o menos había tratado de explicarles... Sobre todo a Mäller.

Y el profesor avanzó hacia él.

—¿Dices que yo era científico?

—Sí. Uno de los mejores. Siempre tuviste fe en el hombre. Nunca lo relegaste en segundo término para dejar paso a la máquina... Pero ya sé que ahora es difícil que entiendas todo esto. Te han enseñado a trocear carne... No vivís en una época determinada, formáis todos un conglomerado de épocas y es porque algo recordáis..., algo quedó en vuestro subconsciente. Y yo... yo formo parte también de vuestro mundo porque es el mío y entre todos debemos levantarlo de nuevo. Yo conservo la lucidez, pero hacen falta elementos para empezar a trabajar...

Las ideas bullían en la mente de Rudy. Iba de una cosa a otra, porque lo que le sucedía era demasiado grande, demasiado importante...

En realidad él venía a ser el rey de todo aquel mundo que ahora yacía en ruinas. Por lo menos conservaba toda su lucidez, pero necesitaba ayuda.

—Deberíamos construir una ciudad, una ciudad de verdad, partiendo de cero... Así empezó todo. ¿Comprendes? Hace millones de años el hombre no disponía de nada, pero se inventaron las cosas y la humanidad comenzó a prosperar. Se levantaron casas, se utilizaron los medios que proporcionaba la naturaleza y luego surgió la industria que primero fue artesanía. ¡Oh! Es imposible conseguir en unos pocos días lo que se necesitó siglos para inventar... Pero ahora todo está en mi mente.

»Yo..., igual que vosotros, pertenezco a una época supercivilizada, donde todo parecía inventado ya, sin embargo, entonces teníamos los medios y ahora... mirad... Todo es desolación.

Se sentó y sonrió. Era verdaderamente para reírse. Bastaba pensar en un año antes, cuando el hombre había sido capaz de manejar máquinas para detectar el pensamiento, basta mirar aquella nave unipersonal que surcaba los espacios siderales, impulsada por una molécula de carburante nuclear. Sí... El hombre había logrado alcanzar el grado máximo de perfección, pero en los laboratorios los técnicos seguían inventando. Cada nueva invención servía para perfeccionar la anterior Todo era avance y de pronto...

De pronto toda la sabiduría persistía, pero fallaba la materia y el hombre se encontraba otra vez solo frente a la naturaleza, sin más medios que su propia inteligencia.

Rudy se sintió como si estuviera completamente solo en el mundo y acabó por maldecir aquellos inventos que habían concluido en la catástrofe.

¿Pero cómo había sucedido?

Se aproximó nuevamente a la nave.

Aquel artefacto, visto en un mundo donde todo empezaba de nuevo, parecía algo irreal.

Abrió la puerta y comenzó a subir los peldaños.

En aquel pequeño reducto quedaba encerrada, como una pieza de museo la técnica de muchos siglos..., el último grito después de millones de años de existencia.

Un detector con su zumbido indicaba algo que Rudy captó distraídamente.

Subió rápidamente y escuchó el monótono tic-tic.

Conectó de forma rutinaria la pantalla correspondiente al zumbido para recoger el informe que emitía el cerebro.

¡El cerebro!

Todo había concluido y, sin embargo, la máquina seguía funcionando.

¿Significaba aquello, acaso, el verdadero futuro?

¿La máquina había logrado vencer al hombre?

En las pantallas aparecieron algunos signos y Rudy frunció el entrecejo.

Comprendió perfectamente su significado y asomó para gritar:

—¡Vamos! Parece que está sucediendo algo en el campamento.

Los otros no comprendían muy bien y Rudy insistió:

— Peligro. Hay peligro.

CAPITULO VIII

Desde el aire podía verse perfectamente la batalla.

—¡Los matalobos! Están atacando a los nuestros —gritó Nemo a través del cristal granangular.

Las flechas de los matalobos buscaban el blanco de los cuerpos de sus contrarios., que se defendían con piedras desde las rocas o protegidos por los accidentes naturales del terreno.

En el suelo yacían unos cuantos cadáveres de uno y otro bando.

Las huestes de Nemo utilizaban las afiladas piedras para atacar en cuerpo a cuerpo, mientras otros arrojaban piedras normales para batir a sus enemigos.

Rudy tomó tierra y cuando la nave quedó inmóvil, Nemo se apresuró a tomar el fusil para bajar la escalerilla.

—¡No! —gritó Rudy.

—Tengo que defender a los míos —espetó Nemo.

—¡He dicho qué no!

Y el piloto se abalanzó hacia el fusil, pero Nemo esquivó para evitar que el otro pudiera cogerlo.

—¿Es que no lo entiendes? Debemos vivir como hermanos... No sacaremos nada con matarnos los unos a los otros.

Nemo había retrocedido, y, como quien está dispuesto a todo, encañonó a Rudy con el fusil.

—No. Nemo. Esta no es la mejor forma de comenzar a construir un mundo nuevo.

—¡Quieto! No avances... No entiendo lo que tú dices... Puede que descendamos de gente muy inteligente pero ahora tenemos que conformarnos con lo que nos han dejado... Y lucharemos para sobrevivir... ¡Esto es lo único que comprendo y Rex también!

Rudy iba a dar un paso hacia delante, pero se encontró con el cañón del fusil.

La mirada frenética de Nemo le hizo comprender que iba a

accionar la palanca para endilgarle el rayo laser.

—Tal vez debería dejarme matar... No comprendéis nada... Sois los supervivientes y sólo pensáis en aniquilaros unos a otros...

—Fuera. ¡Voy a salir!

Nemo estaba en la parte más alejada de la puerta y comenzó a moverse para poder salir.

Afuera la lucha proseguía.

Rudy permaneció inmóvil.

—Esto no hay que evitarlo luchando sino haciendo que comprendáis. Sólo sois un puñado de gente por bando y todos nos necesitamos... Tenéis comida...

—Pero tenemos que buscarla nosotros. Rex no quiere que lo hagan los suyos.

—Eso se arregla hablando, se puede llegar a un acuerdo... No hay motivo para vivir en continua guerra

Sus palabras parecían resonar por la cabina.

«Arreglar las cosas hablando. No hay motivo para una guerra.»

¡Cuántas veces alguien había dicho cosas parecidas en su mundo..., en aquel mismo mundo ahora destruido!

Pensó que los motivos de aquella guerra fratricida entre los dos bandos era risible...

¡Risible para él. Risible porque conservaba en su mente todos los conocimientos adquiridos en la época que le tocó vivir, pero sus pensamientos no podían ser compartidos por aquella gente primitiva...

—Quizá... —murmuró con voz lejana—, tal vez seres superiores a nuestro planeta antes de quedar destruido, pensaban lo mismo de nosotros. Nos veían luchar y se les antojaba una solemne tontería... Debían reírse de nosotros al vernos caminar hacia nuestra propia destrucción.

—¡Fuera! ¡Apártate! No te entiendo, extranjero! Déjame pasar o te mataré con tu mismo fusil —exclamó Nemo.

—¡Cuán miserables hemos sido siempre! Siempre defendiendo nuestras miserias para llegar a esto... Nemo, Nemo..., quisiera que lo

comprendieras... Sois un pedazo muy pequeño de lo que fue nuestro mundo... Un puñado de personas y os estáis autodestruyendo. Déjame que yo hable a todos, Nemo.

—¡Por última vez, aparta!

Entonces la voz de Mäller sonó lejana, consciente, ronca.

A pesar de estar allí mismo parecía venir de lejos, como si fuera su pensamiento el que estuviese hablando.

—Yo sí que lo entiendo, Rudy. Tienes razón.

—¡Calla, canalla! —rugió Nemo volviendo el fusil hacia el matalobos.

Rudy obró con rapidez y de un certero golpe desarmó a Nemo, para sacudirle un tremendo gancho que lo lanzó contra un rincón de la cabina.

Nemo se lanzó contra él sujetándole las piernas.

Rudy cayó de espaldas contra el pupitre de mando. Algo se rompió.

El piloto intentó librarse de Nemo, pero éste colocó sus manos en el cuello y comenzó a apretar con fuerza.

Rudy se aferró a aquellas manos que le sujetaban como tenazas y consiguió librarse de la presión.

Entonces entró en acción Mäller, que a su vez, con el antebrazo, sujetó por el cuello a Nemo, consiguiendo a duras penas apartarle.

Nemo se revolvió y golpeó con el puño el rostro de matalobos.

Libre de nuevo, pasó al ataque para librarse del piloto y recuperar el fusil.

—No quiero luchar contigo, Nemo —exclamó Rudy mientras detenía un buen directo.

Nemo no quería escuchar y lanzó el otro puño contra el pecho del piloto.

Con un amago, Rudy esquivó y pasó al ataque.

Con mejor técnica apartó a su antagonista de dos golpes en corto para sacudirle un directo que le alcanzó en el rostro lanzándole fuera.

de la nave.

Nemo rodó por el suelo y cayó cerca de una piedra.

Lanzó una exclamación y se incorporó.

En la cabina, Mäller se había repuesto.

—¡Espera! —gritó Rudy al ver que el científico iba a bajar—. Deja que yo arregle esto.

Pero Mäller estaba ya en la puerta en el momento en que Nemo arrojaba la piedra.

Mäller recibió el golpe en pleno rostro. Ahogó un grito y cayó hacia abajo.

Nemo lanzó el puño y gritó:

—¡Vete, extranjero! Nosotros arreglaremos las cosas a nuestro modo.

Mäller continuaba inconsciente al pie mismo de la escalerilla, junto a una de las patas del trípode en que se sustentaba la nave espacial.

Apretando los dientes, Rudy tomó el rifle y asomó, en el instante en que otra piedra rebotaba cerca de la carlinga, alcanzando el fuselaje.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó el piloto.

Accionó la palanca para soltar el rayo.

El laser se hundió en la tierra mientras los demás retrocedían.

El piloto comenzó a descender.

—Si no queréis entrar en razón... alguien pagará las consecuencias... ¡Dejad las armas! ¡Basta ya de piedras y de ridículas flechas! Os estáis comportando como hombres primitivos... ¡Atrás! ¡Atrás!

Era el miedo lo que les hacía obedecer.

—Tú estabas de nuestra parte —gritó Samah, la mujer que le había custodiado la noche anterior.

—Yo estoy de parte de todos... Menos de los que no quieran escuchar.

Los matalobos retrocedían con intención de regresar a su campamento.

—¡No! Quiero hablar con todos... ¿Me oís? Es necesario que todos colaboremos en empezar un nuevo mundo. Hoy puede ser el final y mañana el día primero de una nueva era.

Nadie comprendía, pero todos callaban.

Rudy repitió como si expresara un pensamiento:

—El día primero... de una nueva Era.

CAPITULO IX

Era de noche y en el cielo brillaban las estrellas, cuando Mäller —Ander para las tribus— abrió los ojos.

A su lado estaba el piloto que le había refrescado las sienes con un paño que mojó junto al río.

—¿Dónde estamos? —inquirió el científico.

—Cerca de vuestros campamentos. Esta noche hablaré con la gente.

—He recibido un buen golpe —tartamudeó Mäller.

—Sí. Una pedrada. Siempre es mejor que el rayo.

—¿El rayo...? Oh, sí! ¿Fue un gran invento, verdad? Pero como todos los inventos acabó por ser empleado para destruir.

—¡Mäller! —exclamó el piloto al comprender el alcance de aquellas palabras.

—Todo está confuso dentro de mí...

—Mäller. Tú recuerdas algo. Tienes noción de las cosas.

—No sé... He tenido un sueño y aparecías tú... Y la chica que vi allá en tu... nave...

—Tana... Dijiste que había sido devorada.

—Tengo una vaga idea de todo.

—¿Y no me recuerdas? —insistió Rudy.

Mäller se incorporó y miró en derredor.

—No... Sólo apareciste en mi mente de una manera fugaz. Soñé cosas que jamás supuse que habían existido.

—Es tu subconsciente. Se está recobrando. Sólo falta el esfuerzo y que alguien insista en ello. Hasta ahora habéis vivido como perdidos, inmersos en un mundo desconocido que, sin embargo, era el vuestro.

—Es posible... Sí. Es posible, pero no consigo coordinar.

—Haz un esfuerzo... Si averiguamos las causas de la hecatombe tal vez nos ayude a poder levantarlo todo de nuevo... más rápidamente.

—¿Dices que yo era... un sabio? —murmuró Mäller tras un silencio.

—De los buenos.

—¿Y por dónde creer que podemos empezar... a ser como antes éramos?

—Ser como antes va a ser difícil, pero al menos salir de este ambiente... En primer lugar hay que aprovechar la madera.

—¿Madera?

—Sí. De los árboles. Y remover los cascotes en busca de todo lo que pueda ser útil. Harán falta sierras o algo que lo sustituya para convertir los troncos en tablas de madera... Si encontráramos hierro podrías intentar fabricar clavos. Luego organizaríamos la vida de una forma racional. Todos los que estén en condiciones de trabajar colaborarán en lo que sea. Estableceremos el descanso. Ahora podemos crear la simiente de un mundo realmente mejor. Trabajar todos para todos, sin egoísmos.

—Si haces trabajar a Rex se acabará pronto la paz. Rex sólo quiere mandar. A su modo lo hace bien. Por lo menos procura que los demás se ocupen de todo.

—Sí. Es la simiente del déspota. Ni la pérdida de la memoria consigue acabar con los males que en todas las épocas la humanidad ha padecido.

—¿Cómo piensas obligarle?

—Sería mejor no tener que obligar a nadie. Que todos comprendieran la necesidad que tenemos unos de otros. Sería realmente maravilloso empezar algo sin egoísmos, sólo con el afán de llegar a nuestros descendientes un mundo nuevo, limpio, completamente limpio.

—Esto también parece un sueño, Rudy —repuso Mäller.

—Tal vez en el fondo yo haya sido siempre un soñador... ¿Qué es si no un piloto dispuesto siempre a navegar por el espacio? Se eleva de la superficie y allá, junto a las estrellas, sueña... Todo parece más puro... Y en lo alto cuando miraba la Tierra, eso que nos queda ahora,

pensaba en la insignificancia de los hombres, en lo mezquino de sus luchas. En lo poco que éramos.

—Bueno. Te ayudaré en lo que pueda.

—Primero tienes que tratar de recordar... Y hablar con los demás... Puede que entre todos existan gentes que valgan... Y necesitaremos algún médico... ¿Nunca ha habido enfermos durante este tiempo?

—Algunos se han muerto. Les ha dado el mal.

—¿Qué es el mal?

—Algo que deja a la gente inútil. Todo el cuerpo arde y luego cierran los ojos y dejan de respirar.

—Sí. Eso es la muerte y hay que combatirla... Necesitamos hombres sanos. Nos espera un arduo trabajo

* * *

—Nos espera un arduo trabajo —discurseó Rudy ante la muchedumbre.

Había improvisado una tarima para que todos pudieran verle.

Varias piedras amontonadas sirvieron para el caso y todos se habían reunido para oírle.

Había muchos rostros escépticos, muchos oídos poco convencidos de las palabras del «extranjero».

Rudy hablaba para todos.

—Yo no tengo el don de la oratoria —siguió—. Pero quiero que me creáis. No vengo a imponeros ningún sistema a la fuerza, intento únicamente sacaros de ese falso primitivismo en que vivís... El hombre que conocéis por Ander os ayudará en lo que pueda. Es necesario que recordéis lo que fuisteis antes de que una hecatombe ocurrida trece meses antes os convirtiera en poco menos que bestias.

Hizo una pausa y habló de las necesidades colectivas.

—Viviremos en comunidad en casas decentes. Formaremos equipos de trabajo todos juntos sin distinción de razas. Sois iguales. Daos cuenta de que nada os distingue unos a otros. Mañana empezaremos. Os daré las instrucciones por grupos.

—Rex... Tú hasta ahora te has atribuido el papel de jefe de una parte de los supervivientes. No quiero discutir tus procedimientos. Seguramente pensabas hacer bien las cosas para tu comunidad. Ahora seremos todos una misma cosa. Yo trabajaré como todos y aportaré mis conocimientos. Con los útiles de mi nave conseguiremos avanzar un poco más aprisa, pero no quiero deserciones. Tú debes dar el ejemplo.

—¿Y quién cazaré para mantenernos?

—Nosotros. Y no habrá ningún peligro. Mi fusil facilitará las cosas.

—¿Y habrá también quien corte la carne? —inquirió Rex.

—Esto no es tan importante, Rex, pero destinaremos a alguien para que haga las raciones.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—Tú puedes mandar un grupo para ir a la explanada donde están los escombros. Te enseñaré lo que debéis buscar.

—Yo no lo haré.

—¿Por qué, Rex? Tú vivirás como los demás.

—Yo soy el jefe.

—Rex... Estableceremos unos cabecillas de sección para que cuiden de sus grupos. Escogeremos entre la gente que valga.

—¿Y quién lo dirigirá?

—En principio me gustaría veros trabajar. Probar vuestra capacidad.

—Tú quieres ser el jefe. Eres un extranjero y quieres mandar a todos. No quieres que yo lo sea, para ocupar mi lugar.

—No, Rex. Yo no quiero ser el jefe. Mi ventaja sobre vosotros en estos momentos es que recuerdo..., que mi memoria está intacta y que yo sé todo lo que vosotros ahora ignoráis. Pero iréis recordando y entonces comprenderéis que lo que trato de hacer no es en provecho mío ni de nadie en particular.

—¿Nemo está dispuesto a trabajar?

—No he hablado con Nemo todavía, pero confío en que sea razonable.

—Yo no te obedeceré. No obedezco a un extranjero. Tú quieres mandar porque tienes esa arma que mata, si no la tuvieras...

Rudy miró al hombre que tenía ante sí, dentro de su choza de escombros.

Era un individuo al que se le podían calcular cuarenta años. Tenía despejada la frente, daba la sensación de haber sido alguien que en la vida normal, trece meses antes, había tenido mando y puede que fuera persona inteligente. Se le veía fuerte.

—Me gustaría, Rex, que dieras el ejemplo. Y me gustaría más aún no tenerte que obligar. Sería la única forma de que no vieseis en mí a un invasor... En estos momentos tengo lo mismo que vosotros.

—Vete con tu nave. Vete lejos.

Rudy se incorporó. Comprendió que tendría problemas con aquel hombre, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

CAPITULO X

Samah cambió una mirada con Nemo y murmuró:

—Rudy tiene razón. No nos quiere hacer ningún daño.

El piloto había ido a la choza que ocupaban los dos y expuso su plan de trabajo para el día siguiente.

Nemo sacudió la cabeza de un lado a otro dubitativamente.

—Bueno... No me importa trabajar. No hago otra cosa desde que me levanto, pero Rex tiene que hacerlo también.

—Rex lo hará.

—¿Lo ha dicho?

—De momento se cree un poco postergado. Cree que he venido apara quitarle el mando, pero con el tiempo comprenderá por sí mismo que tiene que hacer lo mismo que los demás.

—Si él no trabaja, yo no trabajaré —insistió tenaz Nemo.

—No seas niño —sonrió Rudy—. Eso son tonterías. Si cada cual cumple con lo que debe sin importarle lo que hagan los demás, verás cómo todo irá bien.

—Entonces, si no quiere trabajar, obligale —insistió una vez más Nemo.

—No, amigo. Nada de violencias. Si yo le obligara sería como si me erigiera en dictador. Los hombres tienen que comprender por sí mismos. Por eso se diferencian de las bestias, precisamente porque tienen raciocinio..., aunque a veces se nieguen a emplearlo.

Nemo se sentó cruzando las piernas y sujetándose el rostro con los puños.

—Descansad. Mañana empezará una dura jornada.

Levantó la mano y salió de la tienda. Samah le siguió.

—¡Rudy! —llamó en un susurro.

Se colocó a su lado y ambos caminaron uno junto al otro.

—Perdona que... al principio quisiera pegarte... Creíamos que eras un extranjero y que querías hacernos algún daño... Vivimos con mucho miedo.

—Esto está olvidado... Y ya sabes que no soy ningún extranjero.

Continuaron caminando en silencio hasta que la muchacha lo rompió de nuevo para preguntar:

—¿Dónde vas?

—Dormiré en la nave. Primero recogeré algunas cosas. Hay una caja de herramientas, que creo podrán sernos de una gran utilidad.

—¿Puedo ir contigo?

—¡Oh, sí! Pero a lo mejor a Nemo no le gusta.

—¿Nemo?

—¿Sois...? Quiero decir si vivís juntos, si venís a ser como un matrimonio. ¿No?

—No sé lo que es eso.

—Un hombre y una mujer... Bueno, supongo que eso no lo habéis olvidado.

—¿Quieres decir si yo pertenezco a Nemo?

—Sí. Eso.

—¡Oh, no! No pertenezco a nadie. Aquí hay muy pocos que se pertenezcan. Tenemos que trabajar.

—Pero es que... Bueno, en fin... ya hemos llegado.

Cortó la conversación para indicar a la joven que subiera la escalerilla, mientras él accionaba el control remoto para abrir aquella puerta que cuando permanecía cerrada era como algo invisible.

Una vez dentro abrió automáticamente una placa metálica del suelo y buscó en su interior. Aquello venía a ser un almacén de emergencia y de allí sacó una caja que abrió arrodillado junto a Samah, que miraba con curiosidad.

Del interior de la caja aparecieron diversos instrumentos de tamaño reducido, pero casi todos accionados por la energía nuclear.

Una pequeña sierra, destornilladores, un pequeño martillo

neumático, casi en miniatura y otras piezas, como alambre especial y cable para establecer conexiones.

Sonrió al tomar el rollo entre sus manos.

La voz lejana de un técnico le había dicho:

«—Estas cosas ya no sirven. Si se estropean las conexiones automáticas puede utilizar los mandos manuales o los de emergencia. Todo está previsto.»

Y luego se le había ordenado renovar el material y dejar todo el que ya se consideraba inservible.

«Todo estaba previsto, menos que el mundo terminara convertido en un montón de escombros y que él —Rudy— fuera de los pocos supervivientes», pensó.

Luego recordó la voz de Mäller cuando estaba en posesión de todos sus conocimientos.

«—Bueno..., nunca está de más llevarse las viejas herramientas del año 3000. Sobre todo tú, que eres un buen mecánico.»

Sí. Mäller siempre había sido un contemporizador, pero de cara al rendimiento humano, porque él sí, preveía posibles averías que fueran más allá de los cálculos.

Samah se había levantado y estaba delante de los mandos. Curioseando pulsó un botón.

—¡Oh! ¿Qué es esto?

Una pantalla emitía signos.

—Es... algo que ahora ya no nos sirve. ¡Un momento!

Se fijó en unos signos y miró a la joven.

—¿Sabes que era eso... la clave de tus pensamientos?

—¿De mis... pensamientos?

—Sí. Y te agradezco que estuvieras pensando eso...

—¡Oh! —exclamó ella llevándose la mano a la boca.

El se aproximó y sonrió.

—¿De veras te gusto? No me conoces.

—¿Cómo puede saber esta máquina que yo...?

—No la pongas más. Es una espía.

—Y... todas esas máquinas... —Pulsó otro botón.

—Conseguirás poner la nave en marcha —sonrió él condescendiente, pero en seguida su rostro se puso repentinamente grave. En la pantalla correspondiente había aparecido un retrato de Tana.

—¡Oh! Una mujer... extranjera como tú. ¿Quién es?

—Era... una vieja amiga. Creo que ha muerto.

—¿Era tuya?

El negó con la cabeza.

—Esperaba este regreso para... Bueno..., eso son cosas que no se arreglan pensando en ellas. Hay que trabajar.

—¿Te estorbo?

—No, no... Tengo que seleccionar el material... El extractor puede servir también para remover los escombros.

Luego se quedó pensativo y miró la pantalla de control del pensamiento.

—Tengo que ver a Mäller...

—¿Te refieres a Ander? —inquirió ella. —Sí.

—Es muy amigo tuyo.

—Lo era... Y lo seguirá siendo. No te muevas. Voy a cerrar. ¡Y no toques nada!

—No. No tocaré nada —aseguró ella.

El joven salió de la nave y pulsó el control electrónico. Ella comenzó a moverse y golpear el cristal. El sonido de los golpes no llegaba hasta fuera, pero Rudy se dio cuenta y abrió de nuevo.

—No me encierres. No quiero estar encerrada. Me da miedo.

—Bueno, pero cuidado. No quiero que entre nadie aquí.

Se alejó para dirigirse hacia el lado del río. Mäller le había dicho

que aquella noche la pasaría allí intentando recordar.

No advirtió que cuatro individuos de la tribu de Rex avanzaban camuflados entre las rocas.

Uno de ellos murmuró:

—El arma está en esto que él llama una nave. Rex la quiere. Con ella seremos los más poderosos.

—¡Allí está ese artefacto! —exclamó otro.

—Hay luz —terció el tercero.

—Bueno, si él está le haremos salir. Nosotros somos cuatro.

—Pero si sale con el arma...

—Tenemos que conseguirla, si no Rex se enfadará con nosotros —
espetó el que parecía dirigir la operación.

Y los cuatro hombres avanzaron con el mismo sigilo hasta situarse muy cerca del trípode.

Samah, en el interior, interesada en todos aquellos botones, conmutadores y demás aparatos, no advirtió el peligro.

Uno de los hombres de Rex hizo una señal a los demás y se aproximaron hasta situarse debajo mismo de la nave.

El que parecía el jefe comenzó a subir por la escalerilla.

Uno a uno salvó los peldaños hasta asomar.

Samah se revolvió e iba a lanzar un grito, pero el individuo saltó hacia ella y le tapó la boca mientras susurraba:

—¡Adelante!

Los otros se movieron con rapidez, mientras la muchacha se debatía para librarse de aquella manaza que la amordazaba.

—¡El fusil! —advirtió el que la estaba sujetando.

Los tres restantes estaban ya frente a la entrada, pero el reducido espacio sólo permitía dar paso a uno.

—¡El fusil! ¡Tómalo! —repitió el que luchaba con Samah.

La joven no se resistía a permanecer inmóvil y demostró que la

nueva vida del planeta no excluía a las mujeres de los actos violentos.

Soltó una patada y el hombre de la tribu de Rex gritó dejando momentáneamente de presionarle.

Ella se inclinó en busca de cualquiera de las herramientas que estaban en la caja. Recordó que las había visto y algunas podían servir como armas ofensivas.

Pero no llegó a tocar la caja porque el hombre le soltó un rodillazo mandándola contra la silla del piloto.

La joven volvió a lanzarse hacia la caja y consiguió abrirla extrayendo lo primero que pudo coger.

Era un reluciente destornillador color plata.

El hombre se le echó materialmente encima.

Era evidente que el sexo no importaba para nada en las luchas cuerpo a cuerpo y ella, quizá con menos fuerza, se debatía con violencia tratando de desasirse de la presa de su enemigo.

El que había alcanzado el fusil gritó:

—¡Vámonos!

—¡Espera! Tengo que acabar con esta bestia —espetó el que luchaba con la joven.

Ella había conseguido agarrar bien el destornillador y de forma instintiva lo utilizó como cuchillo, hundiéndolo en el vientre de su atacante.

El hombre exhaló un grito ahogado debido a la herida que acababa de recibir.

La soltó, manchándola a ella, que se incorporó con la improvisada arma en la mano.

El que tenía el fusil lo volvió hacia la muchacha.

Estaba dispuesto a vengar la muerte de su compañero, pero ignoraba lo que debía accionar para que surgiera el rayo mortal del cañón.

Durante unos segundos ella vaciló. La presencia del arma cuyos resultados habían sido de sobra probados la mantuvo inmóvil.

Entonces surgió la piedra que alcanzó la cabeza del sicario de Rex y el hombre soltó el arma, y cayó de espalda fuera de la nave.

El que había intervenido tan oportunamente era Rudy.

Inmediatamente los dos hombres que quedaban fuera de la nave se abalanzaron contra el piloto.

Rudy esquivó con agilidad el primero que fue a parar de bruces contra el suelo.

Sacudió al segundo con todas sus fuerzas y lo mandó contra una de las patas del trípode.

Cuando intentó levantarse se encontró con un directo en la mandíbula que le hizo crujir los huesos.

Definitivamente quedó fuera de combate cuando el otro intentaba pasar al ataque.

Rudy le tomó un brazo, y le volteó por encima de su cuerpo.

El otro cayó con la espalda contra el suelo y cuando intentó levantarse, acusó el golpe recibido y continuó en el suelo.

Fue Rudy quien le levantó cogiéndole por las axilas.

—Escúchame bien y ve a decirle a quien te envía que procuraré tener paciencia y olvidaré lo que acabáis de hacer..., pero si se repite mataré a quienquiera que lo intente... ¡Vamos! Vete con tu gente... Y que no os vuelva a ver más merodeando mi nave. ¡Largo!

Rudy observó la sangre que manchaba la cabina, luego ella, en un impulso natural, se lanzó hacia los brazos del piloto.

—¡Oh! Tú me has salvado. Iba a... matarme con ese rayo de fuego. No quiero quedarme sola.

—No vi a esos tipos hasta que estaba ya allá abajo. Menos mal que llegué a tiempo.

—Eres muy bueno.

—¿Por qué?

—Pudiste haberles matado...

—Me gustaría poder borrar esa palabra de todo el vocabulario... No es matando como se convence a la gente...

—Entonces yo...

—¡Oh, Samah! Tú te defendiste... Ese hombre, por el hecho de atacar a una mujer, era ya un cobarde.

—¿No se puede atacar a una mujer?

—Verás, Samah... Nosotros, no hace mucho tiempo todavía, considerábamos a las mujeres como seres evidentemente iguales en cuanto a su capacidad. La igualdad de derechos era algo más que una palabra, pero había cosas reservadas exclusivamente a los hombres... Y nadie que se llamara verdaderamente hombre luchaba con una mujer.

—Me gusta todo esto que dices, Rudy. Me gusta...

Y ambos quedaron fuertemente abrazados.

CAPITULO XI

El trabajo se había iniciado ya.

Los hombres de las dos tribus desplegaban una gran actividad, dirigidos por Rudy que iba de un lado a otro, observando cómo unos excavaban en los escombros y otros llevaban los troncos de los árboles que Mäller cortaba utilizando el rayo laser.

Rudy se multiplicaba para poder estar en todas partes.

La actividad era completa.

El mismo rayo sirvió, en principio, para cortar los troncos, dejándolos en tablas lisas a punto para ser trabajadas.

Se encontraron desperdicios metálicos, pedazos de acero, que con la ayuda de herramientas se intentaba convertirlas en sierras.

Todo se hacía de modo rudimentario, pero eficaz.

La primera jornada transcurrió sin más novedad que el cansancio producido por el ejercicio.

Un ejercicio que Rex y algunos de sus hombres se negaron a desarrollar.

Por otra parte las mujeres cuidaban de preparar la comida. No había otro alimento que la carne y el propio Rudy cuidó de cobrar algunas piezas, siempre con el rayo como arma única.

La noche fue plácida y los frutos del trabajo estaban en la pila de troncos, en el terreno removido, en el acero extraído, aluminio y los restos de una máquina, que Rudy y Mäller intentaban definir.

Y llegó la segunda jornada.

Todo el mundo parecía trabajar a gusto.

De pronto algo interrumpió el ritmo de trabajo.

Mientras Rudy estaba cerca del río examinando un hallazgo de Mäller, alguien llegó jadeante del campo arrasado.

—¡Lobos! ¡Lobos! Muchos, lobos pequeños. Muerden...

—¿Lobos? —inquirió extrañado Rudy, a pesar de saber que a

cualquier animal, aquella gente les llamaba lobos.

—Sí, pequeños. Muerden. Clirton y Raves han sido mordidos.

—¡No compren...! ¡Oh! Las ratas... No me había vuelto a acordar de ellas. Las vi a montones.

Emprendió la carrera hacia la nave.

—Espera. Te acompaño —gritó Mäller.

Rápidamente la nave fue puesta en marcha y en escasos minutos, Rudy estuvo en medio de aquel enorme descampado.

La gente se defendía a pedradas de los roedores.

El color grisáceo de las inmundas bestias cubría una gran parte de la explanada.

—¡Cielo santo! —exclamó Rudy—. Son ratas hambrientas...

—Utiliza el rayo —repuso Mäller.

—Esto es un ejército. Hará falta saber a cuántos han mordido. Traen la rabia. Y sin medios para combatirla las víctimas morirán.

Alzó la voz y gritó:

—¡Fuera! Apartaos todos de aquí.

Laser en mano, Rudy lanzó el mortífero rayo hacia aquella plaga de grandes roedores.

El ambiente se impregnó del desagradable hedor de la carne quemada.

Y las ratas continuaban saliendo a la superficie, hambrientas y rabiosas.

La tarea de exterminarlas con el rayo era más difícil de lo que parecía a simple vista. Las había a miles, cubriéndolo todo, impregnando el aire de aquella pestilencia cada vez mayor...

«

* * *

Los que habían sido mordidos eran tres en total.

Dos de ellos tenían marcados los dientes de los roedores en una

pierna, otro en el pecho.

—Saltó de pronto el pequeño lobo... No pude evitarlo —murmuró el herido.

Se hallaban todos en la explanada, cerca de las maderas ya preparadas para iniciar las primeras construcciones.

—Antiguamente había una vacuna que se obtenía de los sesos de los conejos. Es el sistema más rudimentario que conozco —murmuró Mäller, y Rudy volvió su mirada hacia el compañero.

—Vamos, sigue recordando.

—¡Oh, no! Son pasajes sueltos. Ni yo mismo sé cómo se me ocurren.

Uno de los que estaba presente murmuró:

—Hay conejos aquí. Con agua destilada se podría conseguir el suero.

—¿Eh? —Rudy se volvió hacia el que había hablado.

—¿Cómo te llamas tú?

—Später— murmuró.

—Tú debiste ser médico.

—No sé... —repuso el otro confuso.

—¿Sabrías preparar esa vacuna?

—Pues la verdad es que... no sé.

—¡Inténtalo, Später! Es necesario... Conseguiremos todo lo que necesitas.

—¿Y el laser? —preguntó Mäller a su vez.

—Sí. El laser se utilizaba terapéuticamente, pero no en forma de arma como el mío, y en eso sí que no entiendo.

—¡El doctor Grover! —exclamó Mäller.

—¿Cómo?

—Grover fue el inventor de la vacuna por medio del laser...

Fue otra de las ideas sueltas que surgieron de la cerrada mente

del científico.

—Bien... Creo que todo marcha por buen camino. Tú vas recordando cosas y hemos encontrado a un doctor. Esto marcha mejor de lo que pensaba —sonrió Rudy.

CAPITULO XII

A falta de cristal, se vaciaron pequeños troncos de madera y durante un día empleó su trabajo para conseguir los aparatos necesarios para la destilación del agua.

Später no podía trabajar seguido porque no conseguía recordar de golpe todo el proceso, sin embargo, a medida que a base de vapor, para no quemar la madera, se conseguía la ebullición, el médico parecía ir acumulando los recuerdos.

Madera, aluminio y todo lo utilizable fueron los primeros cacharros de laboratorio.

Se cazaron los conejos necesarios y Später buscó algunas hierbas, manipuló incansable hasta que al fin, acusando el esfuerzo y con el cuerpo reluciente de sudor, dejó el trabajo.

—Puede intentarse con esto, pero es necesario inyectarlo —dijo.

—Eso es fácil... En el botiquín de la nave tengo inyectables de plástico. Se puede Vaciar el contenido de uno de ellos. Los hay para toda clase de circunstancias —exclamó Rudy.

Poco después regresaba con uno de los inyectables.

Fue utilizado para los tres heridos porque no se podía desperdiciar material que luego pudiera necesitarse.

Los pinchazos en el vientre según los métodos del siglo veinte fueron bien soportados por los pacientes.

—Habrá que repetir la dosis —murmuró Später—. Y no es seguro que haga su efecto. Tal vez... no he acertado, no lo sé, no puedo acordarme...

Estaba a solas con Rudy, que le animó palmeándole el hombro.

—Desde ahora, Später, trabajarás en el laboratorio. Bueno... Te construiremos uno de verdad para que puedas practicar en lo que sabes.

—Pero si no sé nada...

—Lo irás recordando. Estoy seguro. ¡Vamos, ánimo!

Comenzaron a levantarse las primeras casas construidas en madera.

Pero se necesitaban muchos hombres para sujetar las tablas, y el alambre utilizado como sucedáneo de los clavos no conseguía sustituirlos.

Una de las paredes se vino abajo.

—Hay que intentarlo practicando cimientos —dijo alguien.

Rudy estaba presente.

—¿Cómo te llamas tú?

—Denkmal.

—Arquitecto, Denkmal... Desde ahora te ocuparás de la construcción y dirigirás a los hombres.

—¿Yo?

—Sí. Sé que encontrarás el sistema... ¿Qué dices?

—Bueno, yo creo que... habría que buscar un terreno más apropiado. Cerca del río... Se necesitará para estar más próximos a los desagües.

—¡Los desagües! ¡Bravo, Denkmal!

—La verdad es que no sé...

—Bueno, bueno... Lo has dicho sin pensar. Lo llevas dormido en el subconsciente. ¡Adelante!

—Ese cachivache que encontraron entre los escombros creo que podría ser útil para fabricar los clavos que hacen falta.

Rudy estaba cerca del río, de nuevo frente a Müller, examinando unas piedras. Se volvió hacia el hombre. Le conocía, era Denken.

—¿Te refieres a aquellos trozos que recompusimos?

—Sí. Podrían utilizarse como torno si tuviéramos una batería que

alimentara el motor...

—¡Vaya! —sonrió Rudy.

—No sé lo que era antes... Pero sé cómo se hacen los clavos...

—La batería la tenemos, mejor que eso. La nave, ya que no sirve para viajes espaciales, será la batería que alimentará tu motor. ¡Adelante, Denken!

—Hay que buscar el material... En el campo hay unos cascotes... Creo que es hierro mezclado con cemento, primero necesitaré separar ambas cosas.

—Tienes vía libre, Denken. Se empieza haciendo clavos y se termina construyendo aviones. ¡Quién sabe si fabricabas piezas de precisión para naves como la mía!

* * *

En dos semanas, la nueva ciudad tenía ya un aspecto prometedor. Se habían levantado varias casas y la primera fue destinada a laboratorio.

Später disponía de mesa para el trabajo y de bastantes recipientes contruidos con trozos de aluminio soldados con material procedente de la nave.

Nadie conocía todavía su verdadera identidad, pero tanto Später como médico, Denkmal como arquitecto y Denken como mecánico, seguían trabajando a plena satisfacción.

Rudy examinaba una vez más las piedras del río en compañía de Mäller.

—Ya no hay duda —dijo el piloto—. No entiendo mucho de esto, pero creo que no se necesita ser un técnico para saber qué es lo que has descubierto.

Mäller quedó pensativo.

—Esto tiene mucho valor.

Rudy soltó una carcajada. Primero fue la risa propia de quien acaba de escuchar un chiste gracioso, después se convirtió en algo incontenible, histérico casi.

—¿He dicho algo gracioso? —inquirió Mäller.

Rudy, en su carcajeo, apenas podía hablar.

—¿Es que no te das cuenta, Mäller? Somos los iniciadores de un nuevo mundo... No contamos ni con el uno por mil de todo lo que habíamos conseguido en mas de tres mil años de civilización y mira por dónde acabas de descubrir oro. ¡Oro! La gente se mataba por el oro. Corrieron ríos de sangre a lo largo de la Historia por la codicia de obtener mucho menos que esto. Y mira... Mira tú...

Con la mano abarcó gran parte de las dos orillas del pequeño río.

—Estamos ante un río de oro... Tal vez existan toneladas... ¿Y para qué lo necesitamos?

Continuó riendo, riendo...

* * *

Aquello tenía ya aspecto de ciudad.

Las casas, casi idénticas unas a otras, estaban perfectamente alineadas.

La última novedad fue el descubrimiento de un fontanero, que cuidó de los desagües.

Mäller, que no cesaba de recordar pequeños detalles encerrados en su subconsciente, ideó la forma de tomar el agua del río haciéndola subir a un depósito general y distribuirla por medio de rudimentarias tuberías de troncos huecos, o simples canales fabricados igualmente con madera que trataba el encargado de utilizar el primitivo torno.

El sistema de Mäller consistió en aprovechar al máximo las baterías nucleares de la nave, utilizando toda la fuerza motriz que podían desarrollar a fin de hacer subir el agua a los depósitos.

Später la analizó para verificar su pureza y alguien mencionó por primera vez el empleo de la grasa de animal derretida para alumbrar las casas por la noche.

Aquella noche un miembro más de aquella comunidad que vivía pensando en el futuro, descubrió algo insólito.

—¡Mira, Rudy! —exclamó cuando éste se hallaba con el científico en unión de Nemo y Samah.

—¿Qué es esto? —inquirió la mujer.

—Había una planta extraña. No recordaba haber visto ninguna. Y arranqué esto.

—Una patata —murmuró Mäller.

—¡Exacto! Una patata comestible. Esto puede ser el principio del primer huerto. ¡Bueno! Algo quedó en la tierra, no se ha perdido todo. Habrá que ir buscando, seguro que encontraremos nuevas simientes, porque la carne no basta para alimentarse.

Nemo intervino:

—Es extraño. Ya casi no quedaban campos de labor...

—¿Cómo lo sabes, Nemo? —inquirió el piloto.

—No sé, pero... a veces veo grandes praderas y lobos..., bueno bestias pero con cuernos... Y yo las persigo.

—¡No sigas más! Tú eres de Norteamérica, de los antiguos Estados Unidos.

—No recuerdo.

—¡Oh, sí! El mundo llevaba ya años unificado en el mismo idioma, por eso hablamos todos igual, pero nunca se consiguió unir las costumbres, los vaqueros del Oeste constituían una de las raras especies que aún subsistían... Montados a caballo y cazando las reses a lazo... Se organizaban viajes en aerobuses supersónicos para ver vuestros rodeos. Era una reliquia del pasado.

—Rodeos... ¡Oh, creo que...!

—Sí, Nemo... Tú eres un hombre fuerte y parece que entiendes de animales, sin duda fuiste vaquero.

Nemo quedó pensativo, luego todos desfilaron hacia sus nuevos hogares, los que ya vivían en ellos. Rudy se quedó con el tubérculo en la mano, solo con Samah.

Tras un silencio, la muchacha murmuró:

—Debes sentirte orgulloso.

—¿Por qué?

—Por lo que has conseguido en tan poco tiempo... Esto ha cambiado mucho... Sólo hay que mirar a los hombres. Todos están, contentos.

—Tienen una razón para vivir.

—Tú se la has dado, Rudy.

—Fue... la casualidad... Quizá si no me hubiese dormido en el vuelo... No sé, pero me encontré de pronto ante algo insólito. No podía cruzarme de brazos. Cualquiera en mi lugar hubiese hecho lo mismo.

—Ahora todos te quieren.

Ella le miraba a los ojos.

También el joven estaba pendiente de los de la joven.

Se hizo el silencio, luego, intuitivamente, como si algo impulsase a los dos a un tiempo, se besaron.

Sin embargo, los felices augurios de los pioneros del nuevo mundo amenazaban con verse súbitamente truncados.

Porque mientras, después de las largas jornadas de activo trabajo, Rudy encontraba el reposo en los brazos de una hermosa mujer, alguien pensaba en cosas menos bellas que el amor.

Rex no había colaborado nunca en aquellos trabajos y día y noche rumiaba el modo de convertirse en el dueño absoluto de todo. El ansia de dominio sobre los demás le dominaba.

En aquellos momentos se había reunido con media docena de hombres adictos y exponía su plan.

—¿Habéis visto las nuevas armas? —inquirió.

Tarbo, el más adicto de los suyos repuso extrañado:

—¿Qué armas?

—Ese mecánico les llama cuchillos. Se hacen con palos y metal de los escombros. Cortan mejor que las piedras y hacen agujeros con la afilada punta... Son armas. Y tienen que ser nuestras... Los cuchillos y el fusil... Y la energía que sacan de la nave. He estado observando mientras los demás trabajaban...

—¿Qué es lo que te propones, Rex? —inquirió Tarbo.

—El dueño de esto será una persona muy importante. Todos se inclinarán ante él y harán todo lo que diga,

—Ahora, estamos bien —repuso Tarbo—. Y pronto estaremos mejor. Somos todos iguales, Rudy no nos trata mal.

—Os habéis dejado embaucar por ese extranjero... Os hace trabajar para él. ¿Es que acaso le preferís a mí? Cuando estábamos solos yo conseguí que los lobos cazaran para nosotros y construyeran nuestras chozas... Vosotros no teníais que sudar como hacéis ahora...

Se hizo un silencio y Rex prosiguió:

—Cuando esto haya terminado vendrán más extranjeros. ¿O es que creéis que Rudy es el único? No... Vendrán nuevas tribus y harán que trabajemos para ellos,

Seremos inferiores. Es lo que pretende Rudy, pero yo estoy aquí para velar por mis fieles... Y quiero ser el jefe para que cuando vengan los extranjeros tengan que inclinarse y acaten mis órdenes. ¡Ellos serán quienes trabajen para nosotros! Y seremos los dueños de todas las riquezas.

Tanto Tarbo como los demás no comprendían demasiado bien las palabras de Rex.

Su ex jefe —que seguía morando en una choza —extrajo unas piedras amarillentas que relucían.

—¿Sabéis qué es esto?

—Son piedras —repuso uno de los adictos.

—Ellos lo llaman oro... Oí cómo Rudy y su amigo, a quien llama Mäller, lo comentaban... Dicen que tienen un valor inmenso. Ellos lo saben... y lo mismo lo sabrán los que puedan venir más adelante... Si esto tiene valor debe ser mío... Y de nuestra tribu, por eso quiero que todas esas piedras pasen a mi poder y luego eso que llaman ciudad. ¡Todo! Y la carpintería y el laboratorio... Todo tiene que estar bajo mis órdenes. Y vosotros me ayudaréis... Nuestra tribu será siempre la más poderosa, y exigiremos que nos enseñen a volar con esa nave para ir a otros sitios.

Los otros parecían dudar. La nueva vida a la que se habían aclimatado les gustaba, tal vez porque Rudy nunca exigía demasiado y siempre se mostró comprensivo para con todos.

—¡Lo mismo que sabe el extranjero tengo que saberlo yo! El se va a menudo con ese armatoste... ¿Sabemos acaso lo que trama? ¡Vamos, es hora de tomar el mando! Y empezaremos mañana mismo.

CAPITULO XIII

Los adictos de Rex consiguieron atraer a otros de la antigua tribu.

La voz se corrió.

—Esta noche, esta noche...

Una veintena de hombres eran los encargados de provocar el motín.

Al anochecer la mitad de ellos invadieron el taller de Denken para robar los cuchillos que había fabricado.

Cuando Deken, en otra dependencia, lo advirtió, corrió para evitar que se consumara el robo.

Tarbo, armado con un cuchillo, forcejeó con él hasta conseguir asestarle un golpe con el arma.

Denken recibió la herida en un costado.

Sangrante, trató de defenderse, pero le faltaban las fuerzas y cayó exhausto.

Los atacantes se dispersaron para correr hacia la nave.

Era la hora que Rudy solía reunirse con Samah y estaba lejos de donde se movían los hombres de Rex.

Al amparo de las sombras y convenientemente armados por si surgía cualquier contratiempo, los adictos de Rex avanzaban acercándose a la nave.

Tarbo, al aproximarse, lanzó una exclamación.

—Está cerrada. El tiene un extraño aparato que abre la puerta.

—Bueno. Rex ya nos dijo lo que teníamos que hacer para obligarle a abrir —murmuró otro.

Y Tarbo hizo un ademán para indicar a los hombres que le siguieran.

Entretanto, a la orilla del río, Rudy murmuraba:

—Fíjate. La Luna.

—Sí. Sale todas las noches. Nosotros no sabíamos cómo llamarla —repuso ella.

—Cuentan las historias que en siglos pasados los enamorados les gustaba hablarse a la luz de la Luna... Luego la convirtieron en un laboratorio de investigaciones, pero más tarde descubrieron que resultaba demasiado costoso y crearon satélites artificiales. Si tuviera suficiente carburante te llevaría. Se podía vivir bien y mucha gente con dinero pasaba sus vacaciones allá.

—Es muy lejos.

—No demasiado. Las modernas naves tardaban menos de un día.

—¿Y no hay nadie?

—No. Desde que se evacuó, allá dejaron las construcciones y los millones que se gastaron.

—¿Millones?

—Dinero. Algo que afortunadamente aquí no necesitamos.

Se miraron largamente a los ojos. Al lado del piloto, Samah había descubierto el amor.

—Ahora me gustaría tener un poco de música —murmuró el joven—. Vamos... En la nave tengo algo. ¿Te gusta la música?—Yo sé cantar —repuso ella.

—¿De veras?

—¡Oh, no te burles!

—Al contrario. Canta algo.

La muchacha dudó un instante, pero al fin se decidió. Su voz sonó suave y cálida.

La melodía no era demasiado antigua y Rudy la recordaba perfectamente.

—Copelia... Copiaron el tema de una pieza de ballet de la antigüedad...

Ella siguió con la suave melodía donde se compaginaban todos los estilos, pero predominando el cadencioso.

—Parece que esta música haya sido escrita para un lugar como éste. Es suave, invita a pensar...

La voz de la joven se distendió.

—Tú debiste ser cantante —murmuró el joven.

Atraído por la voz se aproximó Mäller, cuando ya la gente de Rex rodeaba el lugar.

—Copelia —exclamó el recién llegado.

—¡Hola, Mäller! —saludó el piloto.

—Perdona si estorbo, pero esta música...

La joven dejó de cantar.

—¿Has recordado algo?

—El nombre de la melodía

—Sí. Copelia.

—Exacto. Copelia.

—Debiste oírla alguna vez...

—No, no es eso... Tú... Tú que has volado conoces los nombres de muchos planetas, satélites, asteroides.

—¡Copelia! —exclamó de pronto Rudy—. Es cierto... Se hablaba de Copelia últimamente. ¿Tiene algo que ver... con lo ocurrido en la Tierra?

El científico pareció volver de un largo letargo.

—¡Oh, sí! Lo anunciaron a última hora. Todo fue rápido... Una bola de fuego apareció en el espacio. Todos los detectores de radiactividad comenzaron a funcionar y las emisoras de radio y las cadenas de televisión quedaron incomunicados. No era posible transmitir...

El científico parecía revivir los horrores de aquellas escenas que representaron el fin de la Tierra.

—Por los altavoces de emergencia se previno a la gente que acudiera a las bases más próximas. En un desesperado intento querían salvar todas las vidas posibles mandándolas a la Luna...

—Debió ser horrible y yo sin enterarme. Me hallaba muy lejos y había perdido el contacto con la base. Creí que se trataba de una avería o de que había desviado la ruta cuando me quedé dormido.

—No puedes figurarte cómo era aquello.

Hizo otra pausa. Sus ojos se habían desorbitado como si amenazaran salir de sus cuencas.

La muchacha esforzaba su memoria y su rostro apareció también angustiado como si recordara fragmentos de aquella tremenda escena.

—Fue inútil... La tierra abrasaba. El aire se había enrarecido ante la proximidad de Copelia y seguía avanzando..., avanzando.

—Lo extraño es que el planeta no se desintegrara.

—Pude hablar con Siegfried. El llevaba este asunto, lo había estudiado y vaticinó que Copelia pasaría rozando el planeta a la altura de la confederación Este de Europa. La antigua Rusia. Fue todo lo que dijo, algo tremendo pareció sacudirlo todo. Vi edificios enteros derrumbarse las calles se agrietaron y los aparatos en vuelo que habían despegado quedaron totalmente deshechos, como se funde el acero...

—Yo caí en un abismo —interrompió brevemente Samah como si de repente aquella explicación hubiese abierto la puerta que cerraba su subconsciente.

—Un abismo sin fin —repitió ella. Ya no sé más... Nada más.

—¿Y cuándo despertaste? —preguntó Rudy.

—No sé. Creo que estaba en un campo, todo estaba lleno de escombros, pero yo no recordaba nada, absolutamente nada.

—¿Te preguntarías qué estabas haciendo allí?

—No. Tenía hambre y mi instinto me decía que debía procurarme la comida, vi a otra gente devorando carne cruda y me uní a ellos. Al principio nadie hablaba... Yo tenía frío —murmuró la joven— y alguien utilizó la piel del lobo para cubrirse.

—Sí. Eso es... Utilizamos las pieles. Todos íbamos desnudos o con ropas hechas trizas —adujo el científico, y tras una pausa musitó—: Luego... nos fuimos conociendo, pero nadie parecía recordar lo ocurrido, puede que se tratara de un *shock* colectivo, o algo todavía imposible de definir para la ciencia, a pesar de todos sus adelantos...

El hombre es materia, electricidad y millones de células vivas... ¡Quién sabe hasta qué punto forma parte de la tierra, a la que tiene que volver por la ley natural!

Apenas había concluido surgieron los hombres de Rex.

Por el sigilo y la forma de rodear a los tres personajes, Rudy intuyó que algo iba a suceder.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis?

Dos de ellos saltaron hacia el profesor para inmovilizarle, al tiempo que le amenazaban con los cuchillos. Otros se apoderaron de Samah.

—¡Soltadles! ¿Os habéis vuelto locos? —gritó Rudy.

—Danos el fusil —exigió Tarbo—. Sabemos que lo tienes en la nave. Abre la puerta o mataremos a Samah.

No había alternativa.

CAPITULO XIV

—¿De dónde habéis sacado esos cuchillos? —preguntó inútilmente Rudy.

—No preguntes. Y ve a abrir la puerta, de prisa —siguió ordenando Tarbo.

—Esto es obra de Rex... No quise obligarle a obedecer. Pensé que llegaría a comprenderlo por sí mismo. Algunas veces no se puede ser condescendiente y hay que cortar el mal de raíz.

—No hables. Tú tienes muchas palabras —cortó Tarbo—. Nosotros queremos el fusil o si no mataremos a Samah. Samah es tu compañera, pero no lo será más.

—¡Soltadla! ¡Y soltad también a Mäller! —Avanzó enérgico en un intento de hacer prevalecer su autoridad, pero la hoja del rudimentario cuchillo rozaba la suave piel de la muchacha.

—¡No! —exclamó Rudy—. Está bien... Os daré el fusil... ¿Pero qué es lo que pretende ahora Rex? ¿Qué puede ambicionar un hombre en un mundo que acaba de vivir lo más próximo al fin y no hay nada que poseer?

—Rex será dueño de todo.

—¿Y para qué lo quiere?

—Nuestra raza es superior a la de los lobos. Ellos tienen que trabajar para nosotros, y todos los que vengan... Rex quiere esas piedras amarillas a las que llamáis oro.

Si la situación no hubiese revestido peligro para la muchacha y también para Mäller, Rudy se hubiera reído a gusto:

—¿Para qué diablos quiere oro? ¿En qué va a gastarlo? ¿Es que no comprende que somos los únicos habitantes del planeta? Aquí no hay nada que se pueda adquirir con oro. ¡Todo tenemos que conseguirlo nosotros mismos con nuestro esfuerzo!

Se hizo un silencio y el joven piloto siguió:

—Puede que más adelante este oro nos sirva para utilizarlo en cosas que nos falten, pero nunca como un tesoro para comprar...

—Rex dice que vendrán más extranjeros.

—Aquí no vendrá nadie. La Tierra se ha convertido en un planeta inhabitable, pobre. Los merodeadores del espacio, los que buscan tesoros, van a lugares ricos. ¿Te das cuenta, Mäller, estamos empezando un mundo nuevo y ya tenemos la semilla de la maldad?

—¡No les des el fusil! —exclamó Samah—. No tengo miedo. No les des el fusil.

Un hilillo de sangre apareció en el cuello de la muchacha.

El hombre que la sujetaba había apretado un poco más produciendo la pequeña herida. Era el preludio de lo que haría si Rudy continuaba sin obedecer.

—Ella no se inmutó y prosiguió:

—Tú estás intentando crear algo bello y ellos lo quieren destrozar, quieren la fealdad antes que la belleza. No les hagas caso. Este también es tu mundo, Rudy.

No había tiempo de porfías ni disquisiciones y Rudy hizo lo único que podía hacer para salvar la vida a Samah.

—Vamos. Tendréis el rifle, acompañadme, pero soltadla... Y a Mäller también.

Avanzó hacia la nave, que quedaba a unos trescientos metros.

Las voces habían atraído a la gente que ahora salían para ver lo que ocurría.

También Nemo apareció por la puerta de su nueva casa.

—¡Rudy! ¿Qué es lo que pasa?

—¡No dejes que lo haga, Nemo! —gritó ella—. Para salvarme quiere entregar el fusil a Rex.

Rudy prosiguió su camino. Caminaba de prisa. Se limitó a responder:

—No intervengas, Nemo. La vida de Samah está en peligro. Y la de Mäller... No puedo hacer otra cosa.

Estaba a mitad de camino y observó la silueta del hombre plantado delante de la nave.

Era Rex. Sonreía con aire de triunfo.

Poco después, Rudy se detenía frente a él.

—¿Quieres destruirlo todo, verdad? Debí haberte matado.

—Soy el jefe y más listo que tú. Esta tierra es mía y soy el que manda sobre los demás, si se ha de hacer un nuevo mundo como tú dices, será hecho a mi modo.

—¿Por qué ambicionas algo que todavía no es nada?

—Dame el fusil.

—Ahora comprendo lo que es la ambición... Una especie de enfermedad. Se ansia el poder, sólo por el poder. ¡Oh, cielos! Ni siquiera es posible comenzar sin odios... Pero tendrás el fusil. Sí... Yo encontraré un rincón para vivir con Samah, no importa cómo. Mejor así... ¿Por qué he de preocuparme por los demás? Tengo mi nave... Viviré lo que muchos hombres han soñado y nunca pudieron realizar... Vivir lejos de todo en un lugar que sea mío, mío y de Samah.

Subió la escalerilla y accionó el control remoto, con lo que la puerta de la nave se abrió.

—¡Ahora baja! —ordenó Rex—. Yo cogeré el fusil.

Avanzó personalmente y se introdujo en la nave para salir rápidamente con el fusil en la mano con aire de triunfo.

—Ya tienes lo que querías. Suéltalos a los dos —ordenó Rudy con autoridad.

Rex hizo una seña e inmediatamente la muchacha y Mäller fueron soltados.

Instintivamente, Samah corrió como si quisiera lanzarse contra Rex, pero Rudy se lo impidió.

—Quieta. Déjale. Es lo que quería y ha jugado con ventaja.

—La nave es mía, Rudy —exclamó entonces Rex—. Y tú me enseñarás cómo se maneja.

—No, eso no.

—No te irás de aquí —espetó el que pretendía ser el jefe—. Y harás todo lo que yo diga.

Dominaba la situación con el fusil, obligando a los que se habían aproximado a mantenerse quietos.

De nuevo Rex levantó la voz y preguntó:

—Los que quieran pertenecer a mi tribu que se pongan a ese lado. Los que me sean leales serán bien tratados.

Los que habían tomado parte en la rebelión se apresuraron a colocarse al lado indicado por su jefe, otros no tardaron en imitarles.

Incluso gente perteneciente a la tribu que había convivido con Nemo optó también por aceptar al nuevo jefe.

Mäller cambió una mirada con Rudy y los dos parecieron comprenderse perfectamente.

—Sí, Rudy. La mayoría de las veces ocurre así... Todos estaban de tu parte, pero ahora la fuerza la tiene Rex y por miedo unos o por falsos e hipócritas los otros, ahora se pasan al otro lado.

—¡Yo no! —gritó Nemo saliendo de entre los suyos—. ¡Vamos a ellos!

—¡Quieto! —ordenó Rex.

Iba a soltar el rayo mortífero, pero Nemo gritó:

—¡Al suelo!

—No, Nemo, no puedes luchar contra el laser —espetó a su vez Rudy.

El rayo salió del cañón del fusil y alcanzó a uno de los hombres que se habían colocado al lado de Nemo.

Cayó fulminado, mientras Rex seguía apretando la palanca dirigiendo la mortífera carga a bulto.

De repente, el rayo dejó de salir.

—¡Se ha terminado la carga! —exclamó Mäller.

Un grito de triunfo surgió de las gargantas de los que se habían colocado al bando contrario, pero su inferioridad continuaba siendo manifiesta por cuanto la gente de Rex disponía de los cuchillos.

La batalla campal dio comienzo.

CAPITULO XV

Später, el doctor, era de los pocos que no se hallaban en el lugar donde los dos bandos trataban de aniquilarse.

Estaba atendiendo a Denken.

Utilizando fuego le cauterizaba la herida.

—Te hará daño, pero es el único modo de cortar la hemorragia o evitar la infección.

Y mientras, la lucha continuaba.

Rex animaba a los suyos, pero fue por poco rato, porque Rudy subió la escalerilla para obligarle a salir de allí.

Rex blandió el fusil y lo enarboló como una estaca para descargarlo contra el piloto.

—¡Cuidado! —advirtió Samah.

Pero el joven consiguió esquivar y sujetando el cañón del arma ya inservible tiró con furia y logró que Rex cayera al suelo.

Se lanzó contra él impidiendo que se levantara.

—Tú eres el responsable de esto... Tú y tu ambición...

Rodaban los dos por el suelo. Rex era fuerte, más incluso de lo que aparentaba y sobre todo muy ágil.

Consiguió levantarse primero y tratar de derribar a su contrario de una patada.

Rudy fue alcanzado de refilón cuando Samah se aproximaba con una piedra para arrojarla contra Rex.

El piloto se incorporó rápidamente y lanzóse de nuevo contra su antagonista.

Ella no podía utilizar la piedra a fin de no dañar al hombre que quería.

De nuevo ambos continuaron cuerpo a cuerpo, pero Rudy consiguió desasirse de su adversario y le colocó un directo en el desnudo abdomen para proseguir con un «swing» que desarboló todo

intento por parte de Rex de cubrirse.

Un segundo golpe en el mentón hizo crujir la mandíbula de su rival.

Rex, inconsciente, cayó junto a la nave.

La muchacha corrió hacia el piloto y le abrazó.

—¿Estás bien?

—Sí Vámonos ya.

A pocos metros de la nave la lucha entre los dos bandos estaba en pleno apogeo.

Los cuchillos habían producido algunas heridas entre la gente de Nemo, pero por contra, los partidarios de Rex, heridos con pedradas, habían perdido parte de sus armas, de las que se apoderaron los otros.

—Vámonos de aquí —exclamó Rudy—. Sólo entienden la violencia. Vámonos... ¡Mäller! También hay sitio para ti.

—Rudy..., no puedes irte ahora. Necesitan ayuda.

—El tiene razón —protestó la joven—. No vale la pena hacer nada por ellos. Tiene derecho a vivir su vida. Ya hizo cuanto debía y en parte consiguió que muchos recordáramos lo que habíamos sido...

—¿Quién es el que necesita ayuda, Mäller? —intervino el piloto.

—Todos, pero más que nadie los que han creído en ti, la gente de buena voluntad que no ambiciona otra cosa que trabajar para un futuro, ser útil.

La lucha proseguía.

—Pero... ¿Es que no se dan cuenta? Ahora ya no hay por qué luchar... ¡Nemo! —gritó el piloto—. Dejad ya de pelear...

No le oían, seguían dando rienda suelta a sus impulsos como si fuesen realmente hombres primitivos.

—Hay que evitar que se maten unos a otros —insistió el científico—. Están empezando a vivir y tenemos que ser comprensivos.

El piloto dudó y Mäller añadió a lo dicho:

—La mayoría todavía no asimilan su ascendencia. No han recobrado la memoria y actúan como lo harías tú y yo mismo antes de

tu llegada. Es el instinto.

—¡Está bien! —exclamó Rudy.

No tenía medios para detener aquella lucha y pensó en algo.

—Ven, Samah. Espero que algo que tengo ahí arriba les detendrá.

La muchacha terminó de subir la escalerilla siguiendo al piloto, que buscó en uno de los compartimientos de herramientas y sacó un viejo revólver.

—¿Qué es esto? —inquirió la joven.

—Para señales. Funciona con carga electrónica automática y arroja bengalas.

—¿Bengalas?

—No sirven para matar, pero ellos lo ignoran.

Salió fuera y comenzó a disparar horizontalmente.

Varias bengalas surgieron por encima de las cabezas de los contendientes.

—¡Basta, basta! ¡Deteneos! —gritó Mäller.

Más que por la voz del científico fue por el efecto de las bengalas por lo que los hombres cesaron en la lucha, y así, lentamente, retornó la calma.

Los efectos de la batalla estaban ahí, en los cuerpos tendidos, inmóviles algunos, muertos. Otros heridos gimientes.

Später apareció por el fondo. Avanzó por entre los contendientes que ahora miraban asustados a Rudy.

—¡Vamos, a vuestras casas! Os habéis comportado como salvajes. Fuera de aquí y dejad esos cuchillos. Se fabricaron para la carne, no para que os matarais unos a otros.

Cabizbajos, como si en su interior comprendieran el mal causado, abandonaron lo que antes se había convertido en campo de batalla.

Später examinó a los que estaban en el suelo. Poco después informó:

—Seis muertos... Ahora atenderé a los heridos.

Uno de los que habían tomado partido por el bando de Rex se aproximó a Rudy y murmuró:

—Lo siento. Usted tenía razón... Son muchos los que ambicionan el poder. Ahora he visto claro..., cuando tenía el cuchillo en las manos... Me comporté como un estúpido.

—¿Qué es lo que has recordado? —intervino Mäller.

—Algunas cosas, vagas todavía.

—¿Qué hacías antes, de sobrevenir la hecatombe? —preguntó Rudy interviniendo.

—Creo que trabajaba en la sección de estadística de no sé qué lugar... Creo que éramos muchos y la mayoría ambicionaban llegar a ocupar los puestos directivos, sin importarles los medios para conseguirlo... Yo repudiaba aquello, pero estaba inmerso en aquella atmósfera de odio y de falsedad... Quiero ser de otra manera, Rudy. Tengo una oportunidad como pocos y no quiero perderla.

Rudy asintió y el hombre, cabizbajo, se dirigió hacia su casa.

Mäller comentó:

—Como éste, serán muchos los que entre en razón.

Nemo avanzó hasta quedar situado a unos diez metros de la pareja que ahora estaban al pie de la nave.

—Quédate todavía algún tiempo, Rudy —pidió Nemo—. Aún te necesitamos.

—¿Nos quedamos, Samah? —inquirió el piloto mirando a la muchacha.

—Haré lo que tú digas —respondió ella.

—Está bien, nos quedaremos, pero cuando esto esté organizado, Samah y yo haremos un viaje.

—¿Me llevarás allá arriba? —inquirió ella señalando la Luna.

—Bueno, tal vez podamos aproximarnos bastante —sonrió el joven.

En aquellos instantes nadie se acordaba de Rex, que hasta entonces había permanecido inmóvil por haber quedado inconsciente tras la pelea con Rudy.

Se hallaba cerca de la nave y comenzó a arrastrarse en silencio sin que nadie lo advirtiera.

Nemo sonreía.

—Sabía que no nos abandonarías, Rudy.

—A propósito —intervino Mäller—. Tengo que mirar el sistema de carga de combustible de la nave... Creo recordar que existía un dispositivo de reserva conectado al sistema de encendido... Si no hay bastante combustible para un vuelo orbital, no se precisa de la reserva para impulsar la nave y podemos aprovecharla como energía para nuestra, llamémosla, incipiente industria.

—Bien por Mäller. Cada vez sus recuerdos se ponen más al día —sonrió el piloto.

Pero Mäller, al volverse, descubrió lo que nadie había visto hasta aquel momento.

—¡Eh! Mirad a Rex.

Rex estaba en la escalerilla, subiendo hacia la cabina de la nave.

Al verse descubierto aceleró la marcha.

—¡Regresa, Rex! —ordenó el piloto.

Pero Rex consiguió llegar hasta la cabina y comenzó a manipular.

Rudy alcanzó la escalera, en el momento en que el otro daba con el pulsador interior que cerraba la puerta.

El piloto no tuvo tiempo de pasar al interior y gritó:

—No toques nada, Rex. No sabes cómo funciona... Si consigues ponerlo en marcha no sabrás pararlo.

El complicado mecanismo del tablero de mandos se traducía por las más elementales fórmulas en cuanto el piloto pulsaba el conmutador de marcha automática.

Un solo botón bastaba para que el cerebro rector de la nave cuidara de poner toda la maquinaria en funcionamiento.

Y Rex dio con el botón.

Inmediatamente la pantalla emitió signos que Rex no podía comprender, pero que tampoco era necesario.

La nave comenzó a vibrar y el trípode se replegó automáticamente.

La escalerilla subió para esconderse en la ranura que luego quedaría invisible.

Rudy quería salvar la nave a toda costa y tomando impulso alcanzó una de las asas que servían para accionar la ventanilla de emergencia.

El asa podía ser accionada desde la parte exterior para los casos en que fuera preciso salir de la nave en pleno vuelo y fallara algún mecanismo que impidiese la entrada.

La escalerilla quedó totalmente replegada y Rudy colgaba del asa, cuando rápidamente, en un tremendo impulso, la nave se elevó.

Samah soltó un grito de pánico al ver a Rudy en aquella difícil postura.

Dentro de la cabina, la estampa de Rex vestido con los trozos de pieles resultaba grotesca manejando los controles de la nave.

Rudy, sin embargo, no fijaba en absoluto su atención en lo que podía tener de estrafalaria la escena. Lo que quería era entrar y tiró con fuerza para que la ventana se abriese, pero no lo consiguió.

La velocidad del artefacto impedía que pudiera mantenerse en equilibrio y tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerse sujeto.

Dentro de la cabina, Rex pulsó otro botón y la elevación se detuvo bruscamente para iniciar un balanceo.

—Hay que centrar la nave, estúpido... Así perderemos estabilidad y si se estropean los amortiguadores nos vamos a estrellar.

Rex pulsó otro mando y la nave ascendió en sentido oblicuo a gran velocidad.

Desde tierra, Mäller, al contemplar la escena, murmuró:

—Rudy no podrá resistir. Caerá.

La muchacha juntaba las manos. Deseaba fervientemente que ocurriese un milagro.

La nave estaba a cuatro mil metros de altura cuando el capricho de Rex la inmovilizó momentáneamente.

Rudy aprovechó la ocasión para tomar impulso y situarse en el lugar más adecuado para abrir de un tirón la ventanilla de emergencia.

Lo consiguió cuando Rex intentaba otra marcha, pero aquella vez en picado.

Había quitado el automático y ahora, libre de piloto, la nave caía por su propio impulso.

La velocidad aumentaba con la caída y Rudy, al saltar, quedó en el suelo y por la inercia intentaba levantarse, pero se sentía empujado hacia abajo.

El aire que entraba por la ventanilla hacía todavía más difícil la estabilidad en la pequeña cabina.

Rex, sin embargo, quiso arremeter contra el joven propinándole una patada.

El piloto le sujetó el pie y lo lanzó hacia atrás.

Rex, al caer con los codos apoyados en el pupitre de mandos, accionó sin querer uno de los botones y la puerta se descorrió de golpe.

Rudy tuvo que sujetarse para no ser engullido por la terrible presión del aire.

Intentó avanzar hacia el pupitre.

—¡Sal, aparta! —gritó.

Pero Rex, a pesar de la situación, no estaba dispuesto a dejarse dominar por el piloto y quiso abalanzarse contra él.

Consiguió sujetarle por el cuello y esto impidió que no pasara por la puerta y cayese al vacío, pero Rudy no podía defenderse porque si se soltaba, su fin sería inexorable.

Forcejeó como pudo con una sola mano, mientras Rex presionaba su cuello con ánimo de ahogarle.

Y la nave iba descendiendo, descendiendo implacable.

A su bordo todo sucedía a velocidad centelleante, más... mucho más aprisa de lo que se tarda en narrarlo.

Quedaban ya únicamente dos mil metros que la fuerza de

gravedad iba engullendo.

Para Rudy la situación no había variado.

Y en tierra Mäller murmuró:

—Algo ocurre. No pueden dominar la nave y se van a estrellar.

El aparato había descendido otro kilómetro más y sólo le quedaban los últimos mil metros para estrellarse.

Mil metros con aquella fuerza iban a ser engullidos en un soplo.

Prácticamente no había salvación para ninguno de los dos hombres.

Rudy luchaba desesperadamente comprendiendo lo peligroso de la situación.

En un esfuerzo tremendo logró, con una sola mano, retorcer una de las que le oprimían el cuello.

Momentáneamente su antagonista le soltó y Rudy, rápido, le golpeó el costado, justo al hígado.

Rex, ante el dolor del golpe, aflojó la presión con la mano que todavía agarraba el cuello del piloto.

Rudy le empujó.

En otro lugar y circunstancias, Rex hubiera ido contra la pared, pero en la nave y por efecto del viento, su cuerpo se vio atraído hacia la puerta y momentos después caía al vacío.

Faltaban unos trescientos metros.

Luchando desesperadamente por mantener el equilibrio, Rudy consiguió poner el mando automático, pero la nave siguió descendiendo. Una vez más tenía que ser la pericia del hombre quien dominara la peligrosa situación.

Doscientos metros.

Cien...

De pronto, cuando Samah cerraba los ojos, la nave concluyó su barrena para remontar el vuelo cuando prácticamente ya estaba casi en la superficie.

A Rex nada le detuvo.

Su cuerpo al caer abrió un agujero en la tierra y quedó medio hundido en él, reventado.

Poco después, Rudy aterrizaba.

EPILOGO

Extirpada la simiente del mal que Rex representaba, la nueva sociedad, la primera del año 0, de una nueva época seguía trabajando de cara al futuro.

Una ciudad nueva, elemental, se había levantado ya. Faltaba mucho que hacer todavía y sus habitantes lentamente irían recordando el pasado que se les antojaría como una pesadilla.

Desde la suave colina Rudy y Samah contemplaban el florecer de una nueva Era.

—¿Crees que será mejor, Rudy? —inquirió ella a quien el piloto rodeaba por la cintura.

—Creo que todos lo deseamos, pero las épocas nunca son buenas o malas por sí mismas. Siempre depende de los hombres.

—Todos desean que haya paz y prosperidad.

—Sí, Samah, y éste es un buen comienzo. Ojalá nunca se estropee.

Luego comenzaron a andar en silencio. Soplabla una leve brisa y el aire parecía venir perfumado.

La neblina que constantemente empañaba el sol parecía irse disipando.

Ellos —Rudy y Samah— miraban el horizonte.

Eran los supervivientes y de ellos dependían muchas cosas..., igual que de los que estaban en el llano y de toda aquella sociedad pionera del futuro del planeta Tierra.

FIN